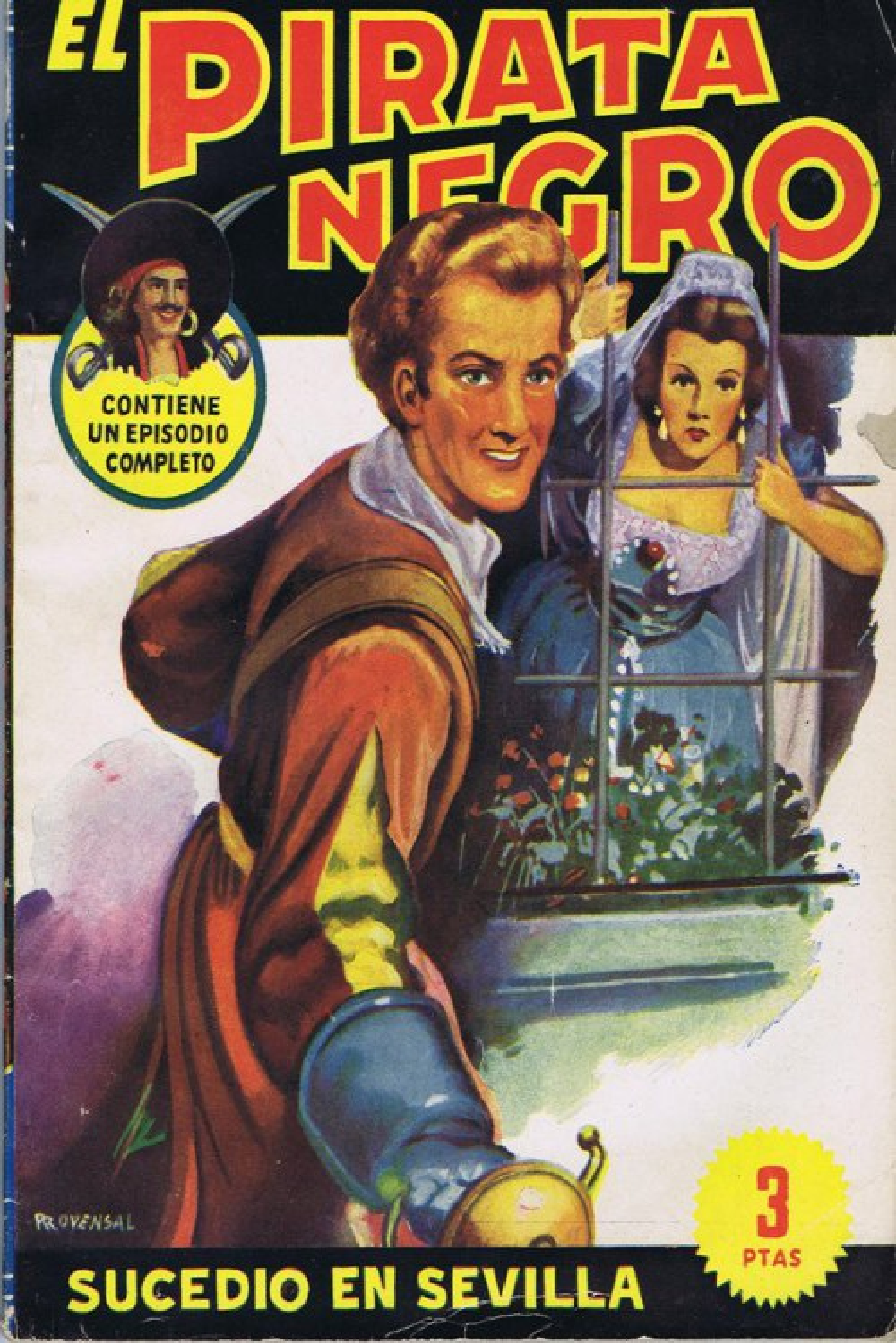
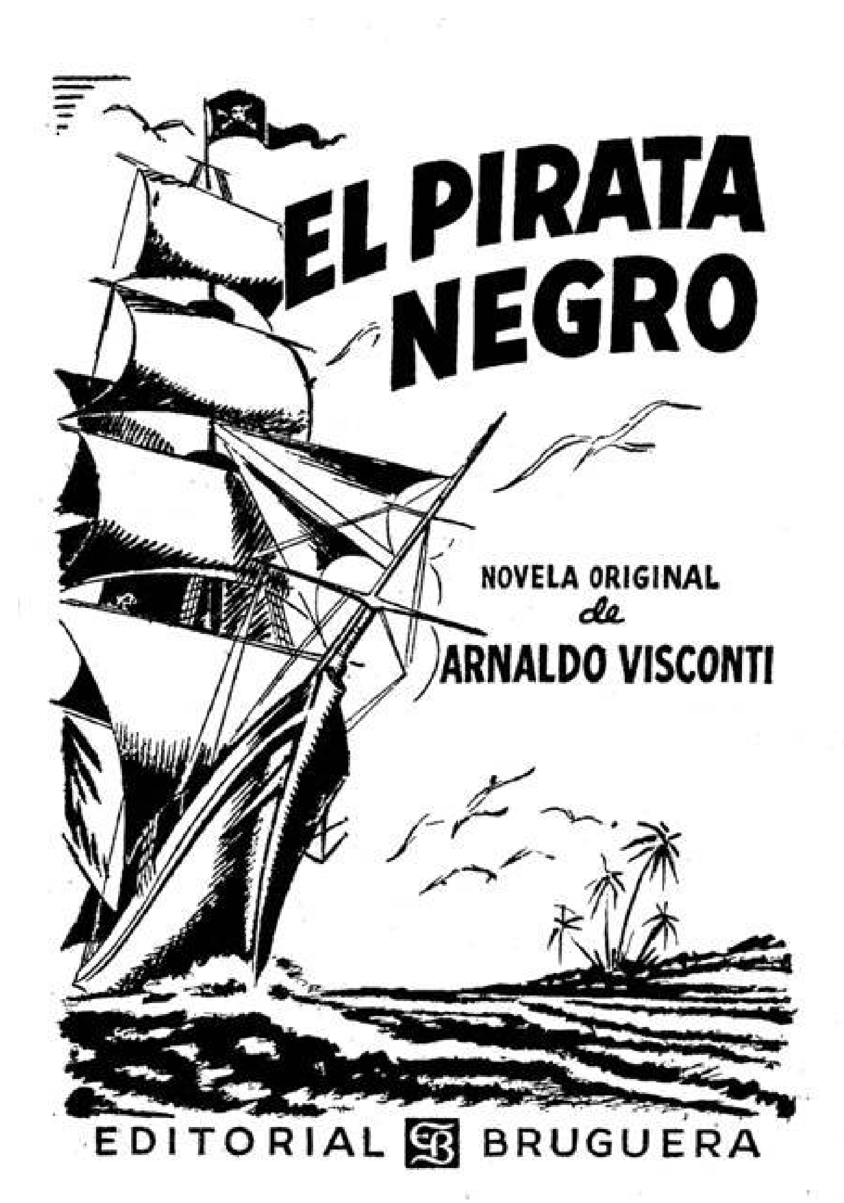

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
SUCEDIO EN SEVILLA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Sucedio en Sevilla

Colección El Pirata Negro n.° 32

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


Sucedió en
SEVILLA

CAPÍTULO PRIMERO

"**La Cruz del Campo**"

Situada al exterior de la ciudad sevillana, y en el camino que conduce a Alcálá de Guadaira, hay una plazoleta en la que se alza un templete, y amparados bajo su abovedado techo, una cruz de piedra sirve de mística etapa a los peregrinos que por aquel desierto paraje, se disponen a penetrar en la capital de las Andalucías.

A fines del mes de mayo del año 1710, Rocío Mairena, propietaria de la única posada que abría sus puertas en la carretera que unía el pueblo de Alcalá de Guadaira con Sevilla, presenciaba vigilante la labor de una de las criadas, que regando el patio de entrada, intentaba mitigar los calurosos efectos del soleado día.

El sol declinaba hacia su ocaso, y el tránsito por la carretera era casi nulo. Era tan sólo por las mañanas y a primera hora, que la posada de la Cruz del Campo veíase frecuentada por los panaderos que, procedentes de Alcalá, hacían un alto en la posada para desayunar, y después dirigirse hacia la ciudad donde servían el pan muy preciado que hacía famoso el pueblo cercano.

Rocío Mairena, cuarentona lozana y hermosa, dirigía con sumo celo la labor de sus cinco criadas, y sabía imponerse con autoridad cuando por las noches ya atardecido, frecuentaban la posada alegres reuniones que, acompañados por guitarristas y cantantes, deseaban continuar su francachela.

Era lema ya conocido de los sevillanos, la frase de Rocío Mairena: “A partir de la medianoche, las horas no deben oírse, porque se hicieron para dormir”. Y cortés, pero firmemente, a las doce de la noche, Rocío Mairena ayudada por sus cinco criadas, anunciaba a sus clientes fortuitos. y retardatarios, que iba a cerrar las puertas invitándoles a proseguir su algazara en otro lugar.

Cuando la criada hubo terminado de regar el patio, Rocío le señaló el piso alto, donde a la sazón sólo se alojaba un huésped.

—A las ocho, irás a preguntar al señor de las manoplas azules qué desea para cenar.

La criada asintió, y mientras se Internaba en el edificio, Rocío Maicena dedicóse al pasatiempo de intentar adivinar quién era y cuál era la profesión del huésped, que había llegado el día anterior.

Por de pronto, había pagado por adelantado, lo cual era indicio de que su bolsa estaba bien guarnecida. Había llegado al caer la noche del día anterior, sin equipaje, andando a pie, y hosco el semblante.

De aspecto era agradable, aunque la cicatriz vertical que surcaba su frente con rojizo corcusido, y el pelirrojo cabello, le conferían cierto aire belicoso, aumentado por la amplia rigidez de sus espaldas y la larga espada duelista que pendía a un costado de su elegante casaca, bajo la que adivinábase la pistola y una daga.

Preguntábase Rocío Mairena, si su. huésped sería algún oficial de los ejércitos que luchaban en suelo español, divididos en dos bandos: los partidarios del archiduque de Austria y los seguidores de Felipe V.

Pero lo que más llamaba la atención en aquel desconocido eran sus manoplas. Dos grandes guantes de terciopelo azul, color que armonizaba con el de su tricornio...

Y lo más curioso era que la manopla izquierda estaba permanentemente calzada, aun cuando el desconocido estuviera comiendo. Una criada, que por el ojo de la cerradura miró al interior de la habitación donde se hospedaba el caballero pelirrojo, explicó a su dueña, que la escuchó complacida, que el desconocido tenía una manera extraña de lavarse.

Empleaba tan sólo la mano derecha y su mano izquierda seguía enfundada en la manopla azul. Para efectuar sus abluciones en la jofaina, mojaba la toalla, que, empapada y chorreante, restregaba contra su rostro y cuello, sin quitarse ni la camisa ni el guante izquierdo.

Interrumpió los pensamientos de la dueña de la posada, la llegada de una criada, que se acercó corriendo.

—¿Qué ocurre, María? ¿A qué esas carreras?

—El señor pelirrojo ha pedido dos frascos de vino jerezano.

—Nadie le prohíbe beber antes de la cena, María.

—Pero es que... ¡está hablando solo! Debe estar loco, doña Rocío.

La posadera decidió no hacer comentarios. Andando a toda prisa, fué a apartar a la criada que mantenía su oreja pegada a la puerta, y la sustituyó en la escucha.

Oyó tenuemente, aunque con suficiente claridad la voz del desconocido, que, solo en su habitación, hablaba en voz alta:

—...es indudable, Dieguito. Entristecerse nada resuelve. Hay que animar el espíritu, Dieguito. Olvidar penas... y no hay mejor ciudad que ésta para alegrarse. El ambiente emana aroma de jazmines, el cielo es una joya azul, y tras las rejas floridas, hay sonrisas y negros ojos lánguidos que son imperativos en el desprecio y suplicantes cuando aman. ¡A tu buenísima salud, Dieguito!

Rocío Mairena quitó la oreja para aplicar un ojo a la cerradura. Vio al pelirrojo, instalado confortablemente en un sillón, junto a la ventana, que acababa de escanciarse el resto del primer frasco, y que levantando en lo alto la copa, brindaba por su propia salud.

Había curiosidades que Rocío Mairena consideraba de urgente satisfacción. Curiosidades que debían ser saciadas rápidamente.

Hizo una señal y las criadas se alejaron, mientras ella, modosamente, repicaba con los nudillos en la puerta.

Abrió el huésped, inclinándose levemente al ver a la hostelera.

—Nunca jamás estuviera yo más acertado al decir que la casa es vuestra, señora. Consideraos en plena posesión de este aposento. Pasad, hacedme tal honor, y decidme en qué puedo serviros.

Rocío Mairena avanzó, mirando de soslayo al que así le hablaba, pero no percibió en el semblante bronceado la menor sombra de burla.

—Desearía, caballero, saber ante todo si tenéis alguna queja del servicio.

—Ni la menor diatriba lanzo contra la femenina corte que adorna con sus encantos los prosaicos actos de mis obligados yantares. ¿Os puedo ofrecer un sorbo de vino, señora?

—Os quedo muy agradecida, caballero-dijo ella, algo escamada ante el fluir verbal de su extraño huésped —. No bebo entre comidas.

Debió advertir él lo que le ocurría a Rocío Mairena, porque con

sonrisa simpática, extendió su mano derecha:

—Os doy mi palabra de tunante, de que soy galante por vocación, y no hay en mis frases la menor intención satírica. ¿Vos sois mi anfitriona por azar? No por eso dejáis de ser dama, a la que todos honores son pocos. Aunque comprendo, que quizás mi habitual estilo oratorio os extrañe un tanto. No lo achaquéis a libaciones. Es euforia que nace de una decisión que acabo de adoptar. ¿Qué efecto os produje cuando llegué a vuestra posada?

—Parecíais algo entristecido, como bajo la influencia de recientes penalidades.

—Gran observadora sois. Así era, en efecto. Y por eso mismo, he decidido volver a ser el de siempre. ¡Abajo la tristeza! ¡Y viva siempre la alegría! Y ahora un consejo, señora. Debéis enseñar a vuestras criadas el arte de escuchar y acechar sin que puedan sorprenderlas.

Rocío Mairena enrojeció sintiendo aumentar su estupor.

—¿Dijisteis, caballero?

—Digo que achacan a las mujeres el vicio de la curiosidad, que también es pasión masculina. Tengo experiencia en estas lides. Cuando hay alguien en un cuarto cerrado, siempre se desea saber qué hace... Pero hay un síntoma delator... cuando antes de fraile se fué cocinero, como es mi caso. Fijaos en aquel haz de luz...

Siguió ella con la mirada la dirección que le señalaba el huésped con la diestra. Señalaba la puerta, y más concretamente la cerradura.

—Aquel orificio fué ideado con la primitiva intención de que sirviera para introducir en él la llave que abriera. Pero apostaría triple contra sencillo que un día una mujer dijo: “¿Y para qué más puede servir este agujero?”. Y comprendió que, aplicando el oído podía oír, y aplicando la pupila podía acechar. Pero la luz traiciona. Naturalmente no quiero daros una pedantesca lección de física, pero existe una ley llamada de la opacidad. Si un cuerpo se interpone en el camino de la luz, y es un cuerpo opaco, como por ejemplo una cabeza, veda el paso de la luz. Y si el que está dentro de la habitación, es hombre experto, se da cuenta que alguien ha interpuesto un cuerpo opaco, atisbando...

Seguía él sonriendo, pero Rocío Mairena sintióse intranquila. Era la sensación que siempre experimentaba cuando no comprendía el

verdadero carácter de la persona con quien trataba.

—Si suponéis fundadamente que os espían, caballero, daré severa regañina a mis criadas por su impertinencia.

—No hagáis tal, señora. Es para mí un honor ser objeto de curioseo.

Y ahora recuerdo que en cierto modo, soy para vos un desconocido. Me excusaréis, porque cuando llegué estaba cansado y no tenía euforia ni deseaba de charlar. Ahora, en cambio, si... Permitidme que remoje mis labios.

Rocío Mairena esperó con impaciencia, mientras su huésped bebía.

—Nací en los Madriles. Estudié Leyes, que me permitieron saber burlarlas. Navegué, con lo que aprendí a nadar y guardar la ropa. Casualmente estoy en España. No soy del archiduque ni soy del rey Felipe. Soy yo, hombre individual e independiente. Hombre de paz, amante del buen mosto, el naipe y la copla bien cantada. Estoy, pues, en Sevilla como pez en el agua... y si la fruta sevillana se sazona con vuestra lozanía, creo que voy a convertirme en gran catador de fruta porque...

Interrumpióse Diego Luciente, depositando la copa que de nuevo había cogido.

Rocío Mairena corrió hacia la cercana ventana...

Ante la posada acababa de detenerse con gran ruido una carroza, acompañada por una numerosa comitiva de jinetes, de belicoso aspecto...

—No os precupéis, señora-dijo Lucientes sonriendo —. Ese galopar que os ha inquietado, y esta brusca parada ante vuestro palacio, no son de temer. Son gente amiga. Gente que viene a visitarme.

Rocío Mairena, con una rápida inclinación de cabeza, salió, dispuesta a no perder ni una sílaba de cuanto se dijera entre los que acababan de llegar y su huésped.

Pero tuvo una nueva sorpresa, cuando en el patio que daba frente a su posada, y desmontando los jinetes, éstos alineáronse en tres filas, destocados, sosteniendo con una mano la brida de sus caballos, mientras se destacaba un robusto individuo, armado hasta los dientes, que se cuadró ante Diego Lucientes que acababa de salir. La sorpresa de Rocío debíase a que el idioma en que hablaba

el recién llegado y en el que le replicaba su huésped era incomprensible para ella, que lamentó más que nunca no conocer el francés.

—Sin novedad, capitán-saludó Ankou Kerbrat —. El criado del posadero del pueblo nos indicó dónde os alojabais.

—Buen muchacho ese Zorro-dijo Lucientes ondeando una mano hacia el improvisado cochero que en lo alto del pescante de la carroza, saludó respetuosamente.

De la carroza apeóse una mujer morena, de rasgos apasionados, y que en aquellos instantes ostentaba una expresión huraña. Vino en silencio a colocarse junto a Diego Lucientes en el umbral de la posada.

El madrileño inclinóse en reverencia amable.

—Mis ojos se complacen en contemplarte, Carmen. Permíteme que termine con mis hombres... Atiende, Ankou Kerbrat.

El bretón abombó aún más su voluminoso pecho.

—He decidido dirigirme a Francia, recorriendo mi tierra natal, tan pronto adquiera noticias del paradero de mi amigo el hidalgo Lezama. Esta noche os alojaréis aquí, y mañana al amanecer serviréis de escolta a la señorita hasta Cádiz. Una vez la dejéis en su domicilio sana y salva, os haréis a la mar, porque, como ya sabes, es peligroso tener el bergantín al pairo en aguas españolas, ya que mis paisanos demuestran ciertas intenciones poco amables hacia mi cuello, y hacia, cuantos se rocen conmigo. Recalarás en el puerto de Burdeos, manteniendo un enlace con el castillo de Civry, en la ciudad de Angulema. Un día u otro allí llegaré. Entonces, decidiremos qué rumbos le damos al bergantín. Mientras dure mi ausencia, los hombres seguirán cobrando su paga, porqué, desgraciadamente, me sobra dinero, mi buen Ankou. Mi apoderado en Civry, recibirá carta al efecto. Ocúpate ahora de que los muchachos se alojen, y se comporten como buenos bretones sin armar alboroto, para no aumentar la intranquilidad de mi hostelera.

Ankou Kerbrat saludó. Dió unas órdenes, y los cuarenta jinetes dirigiéronse, precedidos por dos criadas, hacia los establos.

Carmen Robles, hija del secretario de la Asociación Antipirática de Cádiz, fingió no ver el antebrazo que le ofrecía Diego Lucientes y anduvo a su lado hasta que éste empujó la puerta de su habitación.

Entró ella, y el madrileño introdujo en la cerradura, después de

cerrar, uno de los picos retorcidos de su propio pañuelo. ,

Ella estaba ya sentada, e hizo lo propio Lucientes al otro lado de la mesa.

—Hay propensión a escuchar en las puertas. De ahí mi precaución. ¿Puedo indagar si tuviste un buen viaje, Carmen?

—Lo menos que un caballero galante y cortés puede hacer cuando se dispone a abandonar a la dama que con él va, es advertirlo. Te fuiste del Tomelloso… en compañía de una mujer… y sin siquiera despedirte de mí. Por suerte tu lugarteniente posee toda la cortesía de que tú careces. ¡Y estoy aquí!

—Me lo anuncias casi como si se tratase de una amenaza, cuando es dicha que me envidiarían muchos mortales. No pude avisarte, Carmen, porque era un caso de premura…

—¿La dama te raptó? —preguntó ella rabiosamente irónica.

—Es una triste historia, Carmen. Lo que sucedió es muy distinto a lo que imaginas. La dama en cuestión era la prometida de mi mejor amigo. Ha enloquecido. Está al cuidado de un excelente médico, y ese episodio ha terminado.

—¿Puedo creerte?

—Esta vez, sí. No miento.

Repicaron en la puerta, que abierta por Lucientes, mostró la figura de Rocío Mairena.

Perdonad, caballero. Esos señores que hablan en extranjero, son muchos y no tengo habitaciones para ellos. No me entiendo muy bien con ese señor. —y señaló ella a Ankou Kerbrat que estaba a sus espaldas.

—Se alojarán por esta noche en los establos, señora. Así cuidarán mejor de los caballos. En cuanto a este hombre, dadle habitación cercana a la mía. Partirán todos al amanecer, así como la señorita, que es mi hermana. Dadles de cenar, y dentro de una hora cenaremos nosotros.

Marchóse ella, y Ankou Kerbrat, una vez hubo escuchado las instrucciones de Lucientes, señaló a través de la ventana:

—¿La carroza, señor? Dice el mozo de la posada que debe regresar ya a su pueblo, aunque lo siente.

—Cierto. Dale cien onzas y despídeme de él. Busca luego por la ciudad carroza alquilada en que acompañar a la señorita a Cádiz.

—¡No necesito carroza alguna! —gritó ella.

Pero Ankou Kerbrat, aunque entendía perfectamente el español, saludó, y se alejó con paso apresurado.

Diego Lucientes cerró la puerta, volviendo a sentarse. Contempló el ceño fruncido de la bella gaditana.

—Un viaje a caballo, aunque sea abrazada al cortés Kerbrat, es molesto para una mujer delicada como tú Carmen. Estarás más cómoda en una carroza, ¿no es así?

—Yo me marché de Cádiz contigo, y... contigo mé quedo. No pienses ni por un instante que te vas a quedar aquí solo...

—Ilustra mi corto entendimiento, lindo tormento., ¿Somos marido y mujer?

—No.

—Me lo suponía. Entonces, no hay razón alguna para que tú estés donde yo me encuentre. Me gustas, Carmen, pero ya te dije que cuanto más cerca te tengo más lejos estás. Tienes que irte, porque deseo que te quedes y no puede ser ni debe ser, ni será.

—Te dije yo también que quieres hacerte más complicado de lo que eres.

—Muy posible. No dudo que debe ser complicación el no aceptar los hechos tales como se presentan ni a las mujeres tales como son. Por una vez déjame que te hable en serio, linda niña. Tu padre es un viejo barbudo terco que no se merece que tú sigas en mi compañía. Regresarás a Cádiz... si es preciso, amarrada.

—¡Regresaré cuando se me antoje! ¡Es humillante el desprecio con el que me tratas!

—A fe mía, que no hay el menor desprecio, sino todo lo contrario. Sería desprecio que siendo yo quien soy, consintiera en estropear para siempre tu vida, aceptando tu compañía. Consentí en que me sirvieras de guía hasta el Tomelloso... Ahora cada uno de nosotros debe seguir rumbos diferentes, y es decisión de la que nada me hará apear. También soy terco cuando me lo propongo.

—¿No viniste a España en busca de tu amigo el capitán Lezama?

—Y he de hallarlo. Por el instante tengo que permanecer en Sevilla hasta cerciorarme de que Angeles de Amor está atendida como se debe. ¿Tendrá Kerbrat que amarrarte a la carroza?

—Yo tengo mi orgullo, señor pirata-dijo ella en voz baja —Me iré sola y sin necesidad de escolta alguna.

—En este caso, me obligarás a acompañarte. No puedo consentir

que viajes sola por una carretera qué…

—¿Tú quién eres para mandar en mí?

—Nadie. Es verdad. Me ofrecí porque lo estimaba deber de cortesía. No me mires con esta expresión airada, Carmen. No me culpes a mí de cuanto acontece. Culpa al destino… que hace imposible que yo pueda tenerte delante mío… ya que podría hablarté de amor… ¡y no quiero!

—La cicatriz de tu frente…

—…indica que mi cerebro sufrió un rudo golpe-termirió Lucientes sonriendo —, No lo niego.

Levantóse ella, y por unos instantes estuvo mirando, vacilante, al hombre que en frente de ella y también en silencio la contemplaba..

Abría ella la puerta, cuando Diego Lucientes preguntó:

—¿Dónde vas?

—Una familia amiga mía en Sevilla me servirá de escolta hasta mi casa. Adiós, Diego. Hubiese preferido no conocerte.

—También yo. Me dejas regusto de nostalgia… Adiós.

Cuando ya no se oyeron los pasos femeninos, cerró Lucientes la puerta. Aproximóse a la mesa, cogió el frasco que sopesó un instante en su diestra:

—Siempre que me comporto honestamente, amigo mosto, me siento infinitamente estúpido.

Bebió un sorbo, y a la vez que depositaba la copa, asestó encima de la mesa un recio puñetazo con su mano izquierda. El hierro resonó fuertemente, haciendo saltar el frasco y la copa:

—Es hermosa. Me quiere… la quiero. Y dejo que se vaya… ¿Por qué, imbécil que eres? ¡Ah, señor, porque tú, que eres un granuja, tienes a veces picazón en eso tan molesto que se llama conciencia. Y aunque pretendas olvidarlo, eres un hombre casado, Diego… En fin, el mosto me devolverá la euforia.

Rocío Mairena, cada vez más sorprendida, recibió la confidencia de la criada de que “el señor de las manoplas azules” cenaba solo.

A la mañana siguiente, cuando los cuarenta jinetes partieron, Rocío Mairena respiró tranquilizada… Seguía para ella siendo un extraño enigma el caballero pelirrojo y atildado, pero al menos no era como temió por un instante, algún capitán mercenario que se disponía, a albergar en su posada tan limpia a “la chusma peleona”.

A las diez de la mañana, Rocío Mairena vió como Diego Lucientes se alejaba hacia la ciudad, montado en un hermoso caballo que habían dejado en el establo los jinetes de parla francesa al marcharse.

Tendió el oído para escuchar los comentarios de dos criadas:

—Debe ser un espía francés, María —¿Por qué lo crees?

—Esos soldados de ayer noche... Todos con cara de pelea y con tantas armas. Y él con esa espada de duelo. La Cicatriz y lo que bebe. —Tiene los cabellos muy bonitos y extraños. Y los ojos son simpáticos. Es guapo...

—Y misterioso. ¡Quién sabe a lo que habrá venido a Sevilla!

Rocío Mairena secóse las manos en el delantal, abandonando las macetas qué estaba atendiendo. Asomó el exuberante busto por el marco de la ventana.

—Menos comentarios, mocitas. A trabajar... Os debería avergonzar el ser tan imaginativas y curiosonas.

Dedicóse de nuevo a su labor, después de la leve reprimenda, pero reconoció íntimamente que ella daría la décima parte de sus ahorros, para saber punto por punto, cuanto se refiriera al motivo por el que el pelirrojo amable y extravagante estaba en Sevilla y quién, era en realidad.

CAPÍTULO II

Un tutor, una proclama y una peluca

Don Antonio Ochoa merecía muy justamente su fama de eminente médico, que si bien radicaba en Sevilla, era consultado desde puntos muy lejanos de la península.

Poseía en grado sumo las cualidades del verdadero prototipo del caballero andaluz: era racialmente amable, discreto y servicial.

Cuando en su despacho fué introducido Diego Lucientes, avanzó a su encuentro, y aunque no le tendió la mano, ofrecióle asiento, quedando en pie frente a él.

—Como es natural supongo, señor, que vuestra visita obedece a saber qué tal sigue la señorita que tuvisteis a bien confiar a mis cuidados.

—En parte este es el motivo de mi visita señor médico. Aunque también tenía que venir, ya que recordaréis que quedamos en que os visitaría para fijar el precio de vuestros honorarios mensuales, por tener como pupila a Angeles de Amor.

¿De Amor? —fingió meditar el médico—. Es ese el apellido del Justicia Mayor de las Andalucías. Mejor dicho, del que era Justicia Mayor ya que murió. Le sucedió en el cargo su sobrino don José de Priego.

—También murió-replicó Lucientes.

El médico se fué a sentar tras la amplísima mesa. Apoyó en los brazos del sillón los codos y entrelazando los dedos de sus manos descansó en ellos la barbilla.

—No me negué a prestar mi asistencia a la señorita cuando la trajisteis, señor. Pero espero no consideraréis curiosidad si deseo conocer más pormenores. Cuanto entre estas cuatro paredes se diga, lo estimo de orden profesional, y, por tanto, estricto secreto.

—¿Qué deseáis saber? Suelo ser sincero y en esta ocasión, más, que nunca lo seré, porque todo mi anhelo es que Angeles de Amor sea cuidada con sumo esmero.

—En esta casa, tengo habilitadas habitaciones para atender a convalecientes de ambos sexos. Dos hermanas de la Caridad me ayudan cuando, alguna que otra vez, asisto a enfermas. Una de ellas, al repasar los vestidos de doña Ángeles, halló en su bolsillo una carta, que me trajo. La firmaba don Gonzalo de Amor y en ella se dirigía a doña Ángeles llamándola hijá, y rogándola abandonara su actitud rebelde. ¿Podéis aclararme algo más?

—Ya que sabéis que la infeliz es hija del que fué Justicia Mayor, os pondré rápidamente en antecedentes de todo lo ocurrido. Mi único amigo, el capitán Lezama, la rescató del poder de los piratas bereberes. La condujo hasta el Tomelloso, pueblo donde residía en convalecencia el Justicia Mayór. Ángeles y el capitán Lezama se amaban, pero el padre opuso ciertos inconvenientes que mi amigo estimó lógicos. Pero un canalla —me refiero a José de Priego—, ideó y fraguó la más infernal artimaña, para no tener estorbos en su ambición de ser único heredero de la cuantiosa fortuna de don Gonzalo. Apuñaló por la espalda a mi amigo. Y llegó a engañarle cuanto éste se recobró de su herida... Ayudado por un médico, que administró a Angeles una droga oriental con la que ella adquirió toda la apariencia de una muerte reá1, consiguió convencerle de que Angeles estaba muerta. Mi amigo se marchó...

—Ya. Vos rescatasteis a la pobre, que, debilitado ya su cerebro por anteriores emociones, enloqueció. Y es lamentable. Tengo que repetiros que ya nunca recuperará su juicio. ¿Queréis verla?

—No: Francamente, no. Me atrista contemplarla tan bonita, y saber que para ella ya no habrá felicidad en esta tierra.

—En cierto modo, sí. Podemos decir que ha vuelto a la infancia. Juega como las niñas... Balbucea... Bien, dejemos este tema que veo os impresiona. Tan pronto supe por la carta quién era ella, advertí a un amigo mío que ocupa un alto cargo judicial...

Diego Lucientes avanzó el busto, con repentino interés, El médico, como si no se diera cuenta de ello, prosiguió:

—Le dije que un desconocido había traído mi casa a doña Ángeles. El amigo mío que cito envió emisario al Tomelloso... Resumiendo: doña Angeles ha quedado huérfana. Es la heredera de

una fortuna enorme, y no teniendo parientes, es preciso designar un tutor. Creo que en ausencia de vuestro amigo, vos sois el más indicado para dicho cargo.

Diego Lucientes estalló en incontenible carcajada.

—Perdonad mi risotada, impropia de terna tan serio como el que tratamos, señor médico Pero... ¿yo tutor? A duras penas consigo mantenerme en pie sobre mis dos piernas con sensatez. Necesitaría yo mismo una legión de tutores para administrarme el diario vivir... Desechad tal idea... Vos sois el indicado como tutor...

—Esa fué también la idea de mi amigo.

—¿Me conoce? —preguntó Lucientes, extrañado.

—No, no —apresuróse a rectificar don Antonio Ochoa—. Aludía a que mi amigo me dijo que para dar curso a las disposiciones del testamento, y en vista de la carencia de parientes y allegados, yo tenía que ser nombrado tutor. Pero yo estimo que es a vos a quien pertenece ese cargo. Vos fuisteis quien me encomendó la custodia de doña Ángeles.

—Eso es. Vos la cuidaréis. En ninguna parte podrá estar mejor. Decidme ahora tan sólo, qué cantidad os deberé verter mensualmente, como precio de su alojamiento y de vuestra solicitud profesional.

—Ese es ya un dispendio que os ahorraréis, señor, La fortuna de que dispone doña Ángeles es cuantiosísima. Pero no acierto a comprender... Perdonadme si parezco curioso...

—¿Sabéis quién soy?

—No tengo el honor.

—Personalmeiité no os lo diría. Pero para que quede bien en claro que doña Ángeles es ajena por completo a mí, debo confesaros quién soy.

—No lo estimo necesario, señor. Me basta con saber que ningún mal le deseasteis a mi pobre enferma, sino todo lo contrario. Además, ya ahora en que habéis sido tan sincero conmigo-y sonrió amablemente con una luz irónica en los inteligentes ojos —quizás cuanto dijerais os podría perjudicar. No por mi..., sino porque considero muy natural que haya identidades que uno prefiera conservar desconocidas.

—Me gusta vuestra forma de enfocar los temas espinosos, Señor médico. Yo soy...

—Permitidme-dijo el médico interrumpiéndole y levantándose, acercóse al madrileño, y señaló su manopla izquierda —. Eso es lo único que no comprendo.

Diego Lucientes miró al médico con asombro.

Don Antonio Qchoa cogió entre sus dos manos el brazo izquierdo del pelirrojo y recorrió hábilmente en roce prolongado desde la mano de hierro cubierta por la manopla azul hasta el omóplato del mismo lado.

Volvió a sentarse, adoptando la misma postura. Una leve sonrisa se dibujó en sus delgados labios.

—Ahora ya comprendo, señor. Ingenioso. No me miréis con recelo. Os advertí que teníais mi palabra de honor de que cuanto aquí sucediera o se dijese quedaría entre nosotros dos.

Perplejo y silencioso, Diego Lucientes rascóse la sien.

—No quiero que supongáis qué poseo dotes de adivino, señor Diego Lucientes. En cualquier esquina de las calles principales de Sevilla hay una proclama doble. Os hago gracia de lo que en ella se lee, porque vos mismo lo podréis leer. Después, añadid a eso, el hecho de que el emisario que mi amigo mandó al Tomelloso, habló de un caballero pelirrojo... y ya estáis al corriente del porqué sé quién sois. Pero... os suponen manco, señor Diego Lucientes.

—Mejor; que así sigan creyéndolo. No sé qué dirán de mí las proclamas, pero en cuanto atañe a lo ocurrido en el Tomelloso, cien veces que tuviera que repetirlo, cien veces, que muy a gusto lo haría. Obligué al médico a que se bebiera sus propios venenos, y en duelo maté á don José de Priego. Y aún así, considero poco el castigo que les impuse... Y era que aun no sabía que la pobre Angeles de Amor había enloquecido. Ahora, señor médico, si os vuelven a preguntar quién trajo a doña Ángeles, ya no tendréis que replicar que fué un desconocido.

—Prefiero continuar ignorando que el señor Diego Lucientes me visitó. Eso por lo que me respecta como individuo que obedece las leyes... Pero como particular-y el médico levantóse aproximándose a Diego Lucientes que se puso en pie —, ¿me haréis el honor de aceptar mi mano?

Estrechó el mádrileño la diestra que le tendían.

—Gracias, señor médico. Sois hombre inteligente. Otro en vuestro lugar hubiese hecho aspavientos o hubiera fingido no

conocerme para luego delatarme. Ahora puedo marcharme tranquilo. En vuestras manos, Ángeles de Amor tendrá el mejor tutor posible. No os visitaré más... para no comprometeros. Tan sólo os pido un favor. Mensualmente, ¿tendréis la bondad de enviar una carta a la dirección qué os voy a dar, tranquilizándome sobre el estado de salud de ella?

—Lo haré, señor. ¿A qué dirección?

—Simplemente, al castillo de Civry, en la ciudad de Angulema, Francia. Os quedo muy reconocido y os recordaré gratamente.

—Como particular, lo mismo os digo, señor.

Fuera del lugar, Diego Lucientes miró por última vez el edificio tras cuyos muros, una mujer vivía insensible a la felicidad que hubiera podido ser suya, de no haber enloquecido.

Visitó sucesivamente varias tabernas, para ahuyentar la sombra de tristeza que tal pensamiento tendía en su mente.

Salía de su séptima visita a los dominios de Baco, cuando en la, esquina se detuvo ante un cartel que pegado en la pared era objeto de la curiosidad de un obeso varón con trazas de mercader acomodado.

El individuo, pese a la ayuda de un grueso lente, leía con dificultad.

Diego Lucientes le tocó en el hombro.

—Excusadme la libertad, señor, pero percibo que os es enojoso el poder leer cómodamente lo que dice este papel. ¿Consentís que lo haga por vos?

—Muy amable, caballero —aceptó agradecido el desconocido, que tras una rápida observación de las ropas del que le había abordado, quedó satisfecho de su examen.

Diego Lucientes aclaróse la garganta y leyó:

“CINCO MIL ONZAS ORO “

Esta recompensa será entregada a quien aporte noticias que permitan la captura de dos malhechores, peligrosos en grado sumo, que infestan con su presencia el suelo español.”

—¡Oh! —murmuró por comentario el oyente—. ¡Qué tiempos corren! Nadie está seguro. Veamos a ver quiénes son esos dos malditos malhechores...

Siguió leyendo:

“Aunque esporádicamente actúen por separado, estos dos

bandidos obraron en el Caribe conjuntamente en acciones de piratería, poniendo en peligro nuestra posesión de Puerto Rico. Evadidos de galeras, han continuado su criminosa carrera, y se recomienda el mayor celo a todos los sevillanos, para lograr la próxima captura de tan perniciosos individuos.”

—¡Indudablemente! —mascullé el que escuchaba—. Es deber de cada uno de nosotros velar por la seguridad personal de los habitantes de Sevilla.

—Deber que juro cumplir. Es preciso velar por nuestra seguridad personal. Pero veamos, quiénes son esos dos malandrines.

“Responden a los respectivos nombres de Carlos Lezama y Diego Lucientes, y sus señas personales los hacen fácilmente identificables. El primero, apodado también el Pirata Negro, es de estatura mayor que la normal, moreno acentuado, de poderosa musculatura, ojos intensamente negros, nariz aquilina, bigote de fino trazo, rasurado de mejillas y barba. El segundo...”

—La descripción del tal pirata lo hace muy reconocible-interrumpió el mercader —. No cabe duda que si le echo la vista encima...

—Correréis... a notificarlo a las autoridades.

—Eso es, eso es. ¡Un pirata por, Sevilla! ¡Habráse visto tamaña osadía! Seguid, caballero, y os reitero mi gratitud por vuestra amable lectura.

—Nos instruimos los dos a la par, caballero.

”EI segundo es de todo punto imposible que logre escapar a la vigilancia celosa de autoridades y ciudadanos. El llamado Diego Lucientes, es alto, amplio de espaldas, atildado hasta la afectación en el vestir, y tiene dos características especiales: manco del antebrazo izquierdo y sus cabellos son rojos...”

El profundo suspiro que en zumba proyectó Lucientes casi en el rostro del mercader hizo que éste le mirara extrañado:

—¿Os sucede algo, señor?

—Daos cuenta-y el madrileño señalóse sus propios cabellos a medias cubiertos por el tricornio azul —. Soy pelirrojo...

—¡Oh, bien! Es poco frecuente... —dijo el mercader asestando su lente al antebrazo izquierdo.

—Me tranquiliza el hecho de que poseo dos hermosos brazos... o sino, seguramente las autoridades me molestarían.

—Sabríais perdonarlo. Todo cuanto se haga para la captura de esos dos bandidos es poco. ¿Qué más dice la proclama?

“Ambos maleantes son extremadamente peligrosos, dada su habilidad en el manejo de toda clase de armas. Recomendamos a nuestros amados conciudadanos que comuniquen inmediatamente a los puestos de guardia, la menor pista que tuvieran conducente a la captura de cualquiera de los dos piratas descritos...”

—El resto es filfa y bagatela-dijo Lucientes interrumpiendo su lectura en voz alta —. Repite que la recompensa será entregada cuando se compruebe la veracidad de la delación. Añade también una relación de los puestos de guardia montados especialmente a este efecto, y cita inútilmente que se depara a los dos malandrines si son hallados y presos.

—¿Descuartizamiento?

—¡Repámpanos, no! Se contentan con ahorcarlos, por el delito de piratería, ya que no sé por qué razón, se sienten magnánimos, aduciendo el hecho de que en concreto no se les puede acusar de crimen alevoso, sino acciones de pura piratería.

—Posiblemente será porque en sus luchas habrán vencido a otros piratas extranjeros o atacado barcos de potencias enemigas de España. Caballero-y el mercader destocóse en saludo respetuoso-os quedo muy agradecido a tanta gentileza. Mis ojos, desgraciadamente, sólo ven bien de cerca, pero la letra impresa, aun con ayuda del lente, me causa dolor de cabeza.

—Pero de cerca veis bien, ¿no? Es ya un consuelo. Esta recompensa es atractiva.

—Cinco mil onzas oro-dijo pensativamente el mercader, con ávida expresión —. Mucho deben nuestras autoridades temer a esos dos piratas, cuando tanto ofrecen por una simple pista.

—Mucho oro para algo tan casual como por ejemplo que vos os tropeceis con uno de esos dos piratas, y corriendo aceleradamente, vayáis a comunicarlo al primer puesto de guardia...

—¡Ojalá tuviera la suerte de que esta casualidad se me presentase! En fin, no seré yo quién cobre esa recompensa. Habrá otro que se me anticipará. Pero voy a pedir copia de la descripción.

—Bien hecho. Y que os acompañe alguien de vuestra familia. Siempre cuatro ojos ven más que dos.

—Tenéis razón. Muy buenos días, caballero.

—Siempre buenos os los deseo, señor...

Quedóse Lucientes contemplando la proclama.

—No puedes irritarte, Dieguito —susurró—. Al fin y al cabo tienen razón. Por de pronto en Sevilla sé que hay un pirata pelirrojo, que ya no es manco. ¡Ojalá encuentre al otro!

—¿Decíais?... —preguntó un oficial que acababa de detenerse ante el que estaba hablando a solas.

—Decía que ojalá encuentre a alguno de esos dos piratas.

—Todo Sevilla desea lo mismo, caballero-replicó con mueca desdeñosa el oficial —. Son muchas onzas cinco mil...

—Muchas, en efecto. Buenos días.

Dirigióse Lucientes hacia el exterior donde había dejado su caballo amarrado al abrevadero del relevo de postas.

Condujo su caballo a paso tardo hasta detenerlo ante la posada de la Cruz del Campo.

Mientras una criada llevábase da las bridas al bruto, Rocío Mairena cumplió con su rutinaria obligación de mesonera.

—Buenos días, señor. ¿Tuvisteis un buen paseo?

—Hermoso es el día, y luce el sol todas sus galas. Pero una pequeña nube ha ensombrecido mi euforia alegre. Figuraos que andaba yo paseando con satisfacción por esas calles donde las rejas floridas son encanto del forastero, cuando de pronto tropecé con una proclama en que se habla de un sujeto pelirrojo... Me aguaron el paseo. Es enojoso haber nacido con cabellos comprometedores.

Rocío Mairena sonrió como quien sigue una chanza. Pero tras su frente iban concretándose determinadas sospechas. Una criada habla oído perfectamente, así como ella misma, que aquel huésped de la manopla izquierda siempre enguantada, se llamaba a sí mismo "Dieguito"...

Pero la astuta mesonera recordaba los jinetes de la noche anterior. No era aún ocasión de denunciar al pirata pelirrojo, mientras no estuviera, segura de que su delación no la acarrearía la sangrienta venganza de los caballistas que fingiendo irse, podrían hallarse rondando por las cercanías.

—¿No creéis que eso es molesto de veras, señora?

—Tiene fácil remedio, caballero. Aunque poseáis vuestros dos brazos por entero, es natural que vuestros cabellos llamen la atención. Cubridlos con peluca y os evitaréis inoportunas miradas.

—Vuestros labios gordezuelos son fuente de consejos sabios, señora. Os doy las gracias. Dos cerebros piensan mejor que uno solo.

Dirigióse Lucientes hacia el piso alto donde se alojaba... Rocío Mairena, empezó a planear el destino de cinco mil onzas de oro. Y aspiró con deleite el aroma de las flores que abundaban en el patio.

Sin presunción, mentalmente se calificaba de lista al aconsejar al pirata pelirrojo el uso de una peluca. Así, ella sola entregaría en su día y sin peligro al perseguido, porque si a la trampa con la que el hábil bandido disimilaba su mutilación, se unía el ocultamiento de sus rojos cabellos, nadie en Sevilla, aparte ella misma, sabría quién era el huésped de la posada de la Cruz del Campo.

Un hombre que vale cinco mil onzas de oro, siguió pensando, se merece toda clase de atenciones...

Y personalmente le sirvió la comida en su habitación. Al principio y entre plato y plato, Diego Lucientes intercaló banales frases de encomio al buen sazonamiento de los guisos.

Ella hábilmente supo conducir la conversación al terreno que le interesaba. ,

—Si lo deseáis, señor, conozco un peluquero amigo mío, que dispone de pelucas de todas clases. Para evitaros molestias, puedo, si os parece bien, ir a visitarle y escoger varias, que os traería.

—Tanta amabilidad me confunde, gentil señora. Pero no sé resistir a los consejos bien intencionados, y encaminados a evitarme paseos que yo considere perjudiciales para mi buen humor. Sí; reconozco que hay dos profesiones a las que tengo que recurrír, pero que me crispan el sistema fibroso. El sastre y el peluquero me irritan. Confío en vuestro buen gusto. No me elijáis peluca larga. Detesto los bucles en los hombros si no son propios.

—¿De qué color preferís vuestra peluca, señor?

—Miradme los ojos, gentil y generosa anfitriona.

—Son pardos-dijo ella, sin desconcertarse.

—Pongámosles, pues, el aderezo de falsos cabellos castaños.

Cuando terminada la comida, encerróse Diego Lucientes para dormir la siesta, contempló encima del lecho el contraste que ejercía la manopla ázul de su mano izquierda.

Desvió la vista hacia la cerradura. Sonrió pasándose la mano derecha por la amplia boca.

—Ojito, Diego. Esta mesonera es demasiado amable... ¿no te parece?

Pensó unos instantes, y al fin halló una solución que le permitiera estar tranquilo por unos días, sin gran temor a una delación.

Seguramente ya Ankon Kerbrat estaría a bordo del bergantín, enfilando proa hacia Francia, pero eso sólo él lo sabía.

Levantóse y sacudió el cordón que comunicaba con campanilla en el piso bajo.

Presentóse la propia Rocío Mairena.

—No debisteis molestaros vos misma, señora: cualquier criada habría bastado para lo que deseo.

—Tengo por costumbre atender personalmente a mis huéspedes de calidad, señor —dijo ello con luminosa sonrisa.

—Celebro serlo a vuestros ojos. Deseaba tan sólo advertir que, posiblemente, los jinetes que ayer me visitaron, regresarán antes de terminar la semana. No sé a fecha fija cuándo. Pero por si acaso, bueno será que las alacenas estén bien provistas. Regresarán en número mayor.

—Velaré para que nada les falte, señor.

—Vendrán directamente a esta posada que tan magníficamente dirigís, porque seducido por la suculencia de los manjares y el buen trato recibido, notifiqué a mi lugarteniente que no pensaba moverme de este lugar.

—Gracias, señor.

—Las que vos tenéis, mi linda anfitriona. Por cierto, ¿cuál es vuestro nombre?

—Rocío.

—Sevillanísimo. Da la sensación de una cándida lluvia suave de perlas sobre flores ansiosas. Buenas tardes, Rocío.

Tendióse de nuevo en el lecho, acercando a su alcance el escabel donde reposaban sus armas.

Poco después dormía como aprendió a hacerlo a bordo del “Aquilón”. Sin abandonarse por entero a la inconsciencia del sueño, alerta el sexto sentido del aventurero luchador...

Y dormía complacido. En su carácter, que no se resignaba a ser feliz ni a ser rico, el despertar a una nueva vida de aventura y peligro suponía un acicate de embriagador aliciente...

CAPÍTULO III

Don Juan de Tassara

Rondaban las once de la noche, cuando Rocío Mairena empezó a inquietarse al no ver regresar a su huésped. Era su inquietud la lógica en quien teme perder una codiciada presa, que suponía una fortuna de cinco mil onzas de oro.

En parte, la tranquilizaba algo, el pensamiento de que ella misma había ayudado a ajustar sobre los rojos cabellos la peluca de cortos y rizosos cabellos castaños, tan bien construida, que pocos podrían adivinar que su poseedor no era realmente hombre de castaños cabellos.

Aproximábanse carretera adelante procedentes de Sevilla, tres carrozas escoltadas por varios jinetes. Supuso Rocío que serían viajeros o residentes en alguna población andaluza, pero salió al exterior cuando comprobó que uno de los jinétes, adelantándose, daba la señal de alto ante la posada.

Una de las criadas acudió presurosa al encuentro de la mesonera.

—¡Es don Juan! ¡D. Juan de Tassara! —bisbiseó con visible angustia.

Rocío Mairena, si bien íntimamente compartía la angustia de su criada, no demostró vacilación exterior.

—¿Y qué, niña? Don Juan de Tassara es caballero cumplido a carta cabal y es rumboso. Preparad la sala, y poneos a sus órdenes.

Hizo ella acopio de valor mientras entrando en su alcoba, arreglábase el tocado, que había ya abandonado, suponiendo que ya no habría visitantes.

Don Juan de Tassara... El heredero de un noble apellido y una espléndida fortuna que derrochaba a manos llenas, en continuas

francachelas nocturnas...

Don Juan de Tassara... “El “escandaloso" cortejador, bienquisto por todas las sevillanas, temido por los padres y los otros galanes, que sabían que discutirle el asedio de una reja era ir a una muerte segura, porque el rico sevillano era esgrimista temible.

Y lo que temía Rocío, se convirtió en realidad, cuando por entre unos cortinajes atisbo los concurrentes que estaban instalándose en una de las salas del patio.

Don Juan de Tassara estaba aquella noche de “humos gitanos” como calificaban, los que le conocían, las excursiones que hacía y que a veces duraban semanas enteras, en compañía de bailarines y cantantes de aceitosos cabellos en tufos y caracolillos, y tez cobriza.

Las tres carrozas habían vaciado su contenido: siete gitanos de ojos aceitunados y expresiones torvas y cinco gitanas de cuerpos elásticos y cimbreantes.

Ellos portaban guitarras; ellas panderetas. Sentábanse en el extremo de la sala, dando espalda a una mesa larga.

Cercanos a la hilera donde alternaban un cantor y una bailarina, en una mesa, sentábanse tres caballeros. Satélites de don Juan de Tassara, que gustaban de divertirse sin tener que soltar los cordones de sus bolsas.

Don Juan de Tassara sentábase solo al otro lado de la amplia estancia. Era un hombre joven, aunque prematuramente envejecido por la disipada vida en que dilapidaba sus caudales de oro y de salud.

Vestía ropa de sobrio corte y rico paño. Sus largos cabellos rubios ondulaban rozando el coleto de negros encajes, y en su fisonomía de trazos duros, brillaban ahora con luz sardónica los ojos negros.

Las cinco criadas, con apresuramiento, iban cumpliendo la seca orden que don Juan de Tassara dió apenas entró:

—Toda la botillería de la casa en las mesas. Vaciad las alacenas en compañía amistosa con los frascos. Pronto... Tenemos sed y hambre... Sobretodo aquellos tres gandules y esa piara de apestosos faraones.

Los “tres gandules” habían reído con risita aduladora. Los gitanos habían conservado su habitual continente majestuoso. Ahora unos y otros comían y bebían mientras don Juan de Tassara

les observaba desde su mesa.

Entró Rocío Mairena, que, deteniéndose ante la mesa del sevillano, hizo una respetuosa reverencia.

—Buenas noches, don Juan.

—Hola, Rocío. Se me antojó visitar tu pocilga. Si hasta ahora nunca lo hice fué porque tu antro tiene dos inconvenientes: para ser sevillana es posada que dista de la ciudad, y para ser dé pueblo está demasiado cerca de Sevilla. Hoy noche en tu casa nadie duerme, ¿estamos?

—Don Juan, yo...

—¡Ni don Juan ni niño muerto! Cuando yo quiero divertirme no soy egoísta y quiero que todos se diviertan. Os permito a ti y a tus criadas que presenciéis el mejor de los "saraos". Ni en la corte de Madrid, pueden reunir lo que yo aquí traigo para solaz de mis oídos. Las voces mejores de la tribu de Chorro. Y sus bailarinas menos resabiadas. Fíjate en ellas: son como las jacas sin domar. Bailan porque el temperamento joven les hace bullir la sangre y se prodigan en escorzos salvajes... No tiembles, mesonera. Si algo se rompe, saldrás ganando. Bien sabes que donde yo voy, lo que vale diez lo pago por cien. Atiende a las mesas, Rocío. Que nada les falte a esos cachorros de lobo siempre hambrientos. ¡Venga, "Zapateta"!

Un gitano achaparrado, de cuerpo rechoncho y tardíos movimientos, se puso en pie. Su rostro bestial y achatado parecía desprovisto de toda inteligencia.

Alzó los dos brazos quedándose inmóvil en el centro de la sala.

—¡Por farrucas! —ordenó don Juan de Tassara.

Alejóse Rocío, para ayudar a sus criadas. Procuró dominar el temblor de sus manos, porque una obsesión persistente invadía su cerebro. Siempre era sabido como empezaban las "diversiones" de don Juan de Tassara... pero nadie podía predecir cómo terminarían.

Una guitarra rasgueó alegremente, y pronto otras le acompañaron. Alguna gitana ya saciada, palmeó depositando la pandereta sobre sus rodillas, cubiertas por el violento colorido de sus refajos.

El gitano que respondía al apodo de "Zapateta", pareció transformarse repentinamente. Llevaba ya Unos instantes con los brazos alzados, dando la impresión de un simio torpe e incapaz de la menor agilidad.

Fué pasmoso y hasta la propia Rocío contagiada, olvidó por unos instantes sus temores, el ver cómo "Zapateta", como si obedeciera un mágico conjuro, empezó a bailar con prodigiosa ligereza, ajustando sus zapateos y contorsiones al agitado son de las cuerdas...

—¡Más! —aulló el heredero de los Tassara, cuando el gitano, sudoroso y jadeante, repiqueteó en último compás, para hacer enmudecer las guitarras.

Los instrumentos no le obedecieron, porque el que mandaba era quien pagaba, y nadie de los presentes quería afrontar su fría cólera.

Las panderetas resonaron para Infundir ánimos al cansado y asmático bailarín, hombre ya viejo.

La sala quedó ensordecida por el ruido conjunto que formaban las palmas de los tres caballeros, el repicar de las panderetas de las gitanas, y el acelerado ritmo de las guitarras, que salmodiaban el taconeo cada vez más exasperado del bailarín...

Reinó un repentino silencio cuando "Zapateta" cayó al suelo desvanecido.

—Al río-dijo lacónicamente don Juan —. Que se refresque. Llévatelo, Artemio, y tú ayúdale, Macario.

Los dos caballeros nombrados cogieron por las piernas y los hombros al exhausto bailarín.

Una de las gitanas levantóse para ir tras los que, salían...

—¿Dónele vas? —preguntó don Juan.

—A velar para que a mi padre no le pase nada-replicó ella fieramente.

—Aquí no se mueve nadie sin que yo dé el permiso. ¿Cómo te llamas tú?

Ella miró hoscamente al que acababa de levantarse y 1e interceptaba la salida. Sacudió la cabeza alzando la frente, manteniendo los labios prietamente cerrados.

Uno de los gitanos, desde su silla, intentó, con la. peculiar disposición de su raza, salvar la situación:

—Es "nueva", don Juan. Y tontuela. Se asusta por todo. ¡Siéntate, "malage"! A tu padre nada le pasará, que don Juan nos aprecia mucho a todos los de nuestra sangre.

Iba ella a retroceder cuando en su hombro se ahincó la diestra

del señorito sevillano.

—En las mujeres me place la rebeldía, morena. Te pregunté cómo te llamabas.

—¿Mi nombre de zíngara o el nombre que empleo para los "payos" como tú?

La impertinente respuesta heló el ambiente. Pero don Juan de Tassara soltó el hombro que aprisionaba y rió silenciosamente.

—Tiene temple la niña-dijo admirativamente —. Tiene el valor de llamarme "payo" en la cara. Es cosa que no me había sucedido nunca. Dame tus dos nombres.

—Ariadna para los que son de mi sangre. Ambar para los que vienen a verme bailar y pueden pagarlo.



—¿Te pregunté cómo te llamabas?

Examinó el sevillano los rasgos afilados de la adolescente.

—¿Qué años tienes?

—Dieciséis. ¿Puedo irme a sentar?

—¿Ya no te preocupa tu padre?

—Cuando "Chorro", mi jefe, dija que nada le ha de pasar, así será.

—¿Y si algo le pasase, Ariadna?

Besóse ella el pulgar y el índice doblados en cruz.

—Por ésta, que no dormirías ni comerías a placer.

—¿Puñal y veneno? —sonrió fríamente el sevillano. Adelantó la

mano empujando a la joven gitana—. Anda, vete a sentarte. Tu amenaza podría tentarme... Me aburro mucho, y quizás un peligro constante sería de desear. Tiene ojos de serpiente la que los "payos" llaman Ariadna, "Chorro".

El jefe de los zíngaros, hizo una mueca.

—Todo el veneno lo tiene en la lengua, don Juan. Pero ni pincha ni muerde. Es inocentona.

La aludida sentóse, erguida, mirando fijamente al sevillano. Desvió la vista porque "Chorro" acababa de aplicar un seco bofetón en su mejilla.

—Diez latigazos cuando don .Juan se canse de nosotros, y volvamos a los carros, víbora lenguaraz-anunció el gitano —. ¿Aprobado, don Juan?

—Por ahora, sí.

Sentóse don Juan de Tassara, escanciándose vino. Dos gitanas empezaron a bailar acompañadas por el rasgueo de las guitarras. "Chorro" lanzó al aire una copla vibrante...

Poco después regresaron los dos caballeros... Tras ellos entró chorreante de agua el gitano "Zapateta"... Acudió a una señal del sevillano que le tendió uno de los frascos de vino que estaban en su propia mesa.

Enmudecieron las guitarras, calló "Chorro", y sentáronse las dos bailarinas. El gitano "Zapateta" bebió a gollete y relamiéndose miró con ojos inexpresivos al que le había invitado.

—No hay nada mejor que agua por fuera y vino por dentro, viejo. De vez en cuando te conviene lavarte.

Rió servilmente "Zapateta"... Una gitana entonó una zambra de lentas cadencias... Prosiguió la fiesta...

Era ya la medianoche, cuando Rocío valientemente avanzó hacia la mesa que, solitario, ocupaba don Juan de Tassara.

—Os suplico que me excuséis, don Juan. Tengo por costumbre cerrar a las doce en punto de la noche.

—Con los otros, allá tú. Conmigo no valen costumbres. Donde voy se hace lo que yo quiero, ¿estamos? Lárgate a tu sitio. Tu sitio está allí detrás de aquella mesa...

—Tened en cuenta, don Juan, que siempre aquí...

Levantóse lentamente el sevillano, y demostró que el mal vivir no debilitaba sus fuerzas corporales, cuando asiendo a la opulenta

mesonera la obligó a dar media vuelta.

—¡Trae un mantel, Macario!

El interpelado acercóse portando el mantel que acababa de quitar de una mesa, tirando, al suelo frascos, bandejas y copas...

Rocio Mairena gritó, en chillidos de pavor, mientras el “terror de Sevilla” la ataba con brutales forcejeos en una pilastra cercana a la mesa. Ella quedó adosada a la columna, rodeada su cintura, y aprisionados los brazos en las vueltas del largo y retorcido mantel.

—Te dije que donde voy quiero que todos se diviertan-advirtió fríamente el de Tassara —. Ahora te quedarás ahí hasta que yo quiera irme ¿estamos? Pudiendo estar a gusto, has preferido estar incómoda. ¡Tú, Ámbar!

La gitana, hija de “Zapateta”, engalló el busto»

—Baila lo que mejor sepas. Esto está muy aburrido.

Volvió a sentarse el sevillano, mientras Ariadna levantándose, recibía un achuchón apresurado de “Chorro", que murmuró:

—Nada de tonterías, y a bailar bien.

Ariadna tomaba por vez primera parte en una de las “diversiones” de don Juan de Tassara. Rencorosa por temperamento, sus ojos cargados de odio se fijaron en el que la miraba bailar...

Había sido elegida porque era considerada la mejor bailarina de la tribu, pero ahora efectuaba sus giros con tanta desgana, pese a los prudentes avisos de “Chorro”, que éste levantóse para fingir acompañarla en el baile y tratar de impedir lo que le anunciaba la fría expresión con que don Juan de Tassara iba repiqueteando con los dedos encima de la mesa.

—¡Basta! Tú mismo, “Chorro”... Átala en la otra columna.

“Chorro” desenrollóse de su cinura una cuerda de las tantas que llevaba para el ganado y en silencio ató a la que también en silencio quedóse cercana al lugar donde Rocio Mairena, pálida y próxima a desfallecer, lloraba en sollozos incontenibles.

—Dijiste diez latigazos. Son pocos —dijo calmosamente, desde su asiento don Juan de Tassara—. Veinte... y ahora mismo.

“Chorro” hizo una de sus muecas que generalmente causaban hilaridad en los que intentaba apaciguar.

—Vos mandáis, señor don Juan. Pero por amigo nuestro sabéis que nuestra ley nos impide azotar en castigo delante de los que no

son de nuestra raza...

—¡Armad las pistolas!

Él aviso que lanzó el de Tassara hizo aparecer en las diestras de sus tres amigos, las pistolas amartilladas...

—La, azotaré yo mismo —declaró don Juan levantándose—. Al que chille o se interponga, abatidlo de un pistoletazo.

—Ved, señor-dijo “Chorro” entornando los párpados-que nosotros no queremos incurrir en vuestro enojo ni se nos puede tan siquiera pasar por el pensamiento el de guardaros rencor. Pueden vuestros amigos dejar en paz sus pistolas. ¿De cuándo acá iba yo a entablar combate con mi señor don Juan?

—Entonces trae tu cinto-pidió el sevillano acercándose con la palma abierta —. Lo prefiero a la fusta con que azoto mis caballos.

—Viejo soy, mi señor don Juan, y con vos he intervenido en muchas fiestas, pero...

—¡Calla! Es tu cinto el que quiero, ¿estamos? Vosotros-advirtió a los tres satélites-no perdáis de vista a esos taimados piojosos. Disparad... a quien se mueva.

Arrancó de manos de “Chorro” el cinto que éste lentamente, acababa de quitarse.

—¿Puedo, mi señor don Juan, suplicar que sea yo quien castigue a la que se insolentó con vos?

—Estás poniéndote muy pesado, gitano. Se me ha antojado que para domeñar gitanas orgullosas, un rebenque a tiempo, es lo que hace falta y ella va a saber que a mí nadie me rechista...

—Es que... una humillación de esta clase, no la perdonará nunca ella, mi señor don Juan.

Alzó el aludido el cinto fustigando el torso del gitano, que retrocedió cerrando los ojos.

El cinto restalló de nuevo, surcando los brazos atados de la gitana, quien escupió coléricamente. Ariadna semejaba ahora una serpiente venenosa y su afilado rostro agudo se contraía no tanto por efecto del bestial cintarazo, sino a impulsos de un odio sin nombre que la hizo gritar:

—¡Te mataré!

Rió don Juan de Tassara, agitando el cinto.

—Tiempo tienes para pensar cómo, hasta que haya yo terminado de contar los veinte zurriagazos...

La escena tenía vislumbres de irreal. Las gitanas, erguidas las cabezas, manteníanse, así como sus hermanos de raza, sentadas y en actitud silenciosa. Los tres compañeros del instigador, encañonaban las pistolas amartilladas hacia la hilera de gitanos.

Las cinco criadas, procuraban reprimir los gemidos que brotaban de sus gargantas, mientras Rocío Mairena ahita de sollozar, evitaba mirar hacia su costado, a la que, como ella, estaba atada contra una pilastra.

Levantaba de nuevo el cinto el sevillano, cuando se detuvo en su impulso al oír la voz que desde el umbral de la sala, resonó con más fuerza en medio del silencio:

—Hola. Espero no ser inoportuno.

Dió Juan de Tassara media vuelta, bruscamente. Con una mano aplacó el movimiento de uno de sus tres compañeros, que dirigía la pistola hacia el recién llegado.

—Sois inoportuno-dijo fríamente Tassara.

El intruso mantenía su manopla izquierda colocada negligentemente encima de la culata de su pistola. Vestía elegantemente, y cubría sus cabellos rizosos y castaños con tricornio del mismo color azul que sus guantes.

—¿De veras me juzgáis inoportuno? —replicó pellizcándose el labio inferior al terminar de hablar.

—Seguid vuestro camino, caballero. Aquí no hay posada a estas horas.

—Estáis en un error. Esta es una posada, y yo me alojo en ella. Me disponía a subir a mis habitaciones, cuando me atrajo un restallido. Y aquí estoy. .

Subid a vuestras habitaciones, caballero. Os he dicho ya que sois inoportuno-masculló Tassara avanzando unos pasos, pendiente de su diestra el cinto.

—En ciertas ocasiones me encanta ser inoportuno-replicó Diego Lucientes.

—Bien veo que sois forastero-dijo Tassara, deteniéndose —. Si supierais quién soy no os entrometeríais en mis diversiones.

—Rara diversión. Veo dos mujeres atadas, y una es mi mesonera, que en esta postura, no puede atender a mi servicio. Rara diversión considero el que se preste ninguna mujer a ser atada para divertiros, y mucho menos otra a ser azotada, siempre para

divertiros...

—¡Me ató a la fuerza! —gritó Ariadna.

—Os repito que os vayáis, caballero-dijo Tassara con frialdad. Pero sus negros ojos destacándose en el marco que a su rostro formaban los rubios cabellos, tenían un brillo peligroso —. Soy Juan de Tassara, ¿estamos?

—No estamos-replicó Lucientes —. ¿Qué me importa como os llaméis?

Uno de los tres compañeros del sevillano abalanzóse espada en mano.

—¡Quietó! —rugió Tassara—. Este caballero y yo estamos hablando, y nadie debe entrometerse en charlas ajenas. Seguid los tres vigilando a los piojosos.

Diego Lucientes apartó la mano de la guarda de su espada... Observó los semblantes de los gitanos que le miraban al parecer con cierto desdén compasivo.

—¿Venís solo, caballero? —interrogó Tassara tirando al suelo el cinto.

—Eso se echa de ver. Nadie me acompaña.

—Razón de más para que dilucidemos esa cuestión vos y yo a solas. No tengo por costumbre dar explicaciones a nadie de mis actos. Pero hay un código de cortesía que cumplo cuando me hallo ante seres de mi categoría. Parecéis ser caballero, y por eso me considero obligado a explicar lo que se os antoja rara confesión. No sois sevillano y por tanto ignoráis quién soy.

Avanzó Lucientes dos pasos, imitando al que acababa de efectuar la misma operación. Quedaron ambos a una distancia de dos largos de espada

—Esa ralea de sucios gitanos está a mi sueldo. Les pagué para que me divertieran...

—La gitana que azotabais no está dispuesta, a mi entender, a que os divirtáis cortándole la piel. Y aunque así fuera, ¿por qué tenéis atada a la mesonera?

—Ella misma os explicará. Habla, Rocio-ordenó el sevillano.

Rocío Mairena deglutió varias veces como si en su garganta algo le dificultase el hablar claramente. Al fin, dijo prudentemente:

—Molesté al señor don Juan y éste en chanza me hizo atar.

—Chanza algo cargada de mostaza —sonrió el madrileño—.

Pero ya que vos la admitís, Rocío, nada me toca a mí objetar.

Juan de Tassara adelantó el labio inferior en gesto insolente.

—¿Tenéis algo más que objetar, forastero?

—No me gustan las pistolas amartilladas de vuestros compadres, ni tampoco me gusta el ver a una mujer atada contra su voluntad. Lamento el haberme alojado en esta posada, porque si no lo hubiera hecho ahora no estaría aquí metiéndome en lo que no me importa... como siempre. Pero ya que el Azar lo quiso, presento mi objeción. Me comparasteis a vos, suponiéndome caballero, lo cual era suponer que vos también lo erais. Si lo sois, desataréis a la gitana y cuando queráis azotar a alguien para divertiros, emplead como sujetos de vuestras experiencias a hombres.

De nuevo alzó imperativamente la mano Tassara para impedir el gesto del que amenazaba abalanzarse hacia el intruso.

—¡Dije quietos vosotros tres!

—Los tenéis bien amaestrados a esos tres borregos-sonrió Diego Lucientes.

Juan de Tassara rió con su característica risa silenciosa.

—¿Os hago gracia? Confieso que no creía tener esa virtud-añadió Lucientes.

—Me hacéis gracia, porque sois un imprudente. Bien está que, desconociendo quien soy, os atreváis a inmiscuiros en mis diversiones. Pero si veis que en una sala hay cuatro hombres dispuestos a administraros un vapuleo, ¿no obedecéis a la voz de la sensatez que os aconseja apartaros de donde sólo sacaréis algún hueso quebrado?

—Habláis en demasía.

Diego Lucientes, mientras pronunciaba su frase, echó a andar dando un rodeo. Sin dejar de mirar hacia donde se congregaban los tres satélites y a Juan de Tassara, aproximóse a la columna donde estaba atada Ariadna.

Pareció protegerse tras la pilastra, mientras su puñal cortaba la cuerda que ligaba a la gitana...

Juan de Tassara rió.

Lucientes, siempre andando con cautelosa observación de los cuatro compañeros, aproximóse a la columna donde Rocío Mairena mantenía los ojos cerrados.

Cortó el mantel, y enfundando el puñal, apoyóse en la columna

de la que Rocío acababa de huir como si quemara.

Juan de Tassara rió de nuevo...

—No sé como calificar vuestra acción, forastero. Debéis de estar loco o quizás os complazca jugar al desfacedor de entuertos. ¿Os habéis atiborrado de lecturas de caballerías como don Alonso Quijano? Si es así, recordaréis que don Quijote sale a tanda de palos por capítulo.

—Si vuestra fuerza está en la boca, reconozco que sois un forzudo —sonrió Lucientes—. He tenido siempre una debilidad: detesto ver a mujeres atadas cuando hay hombres presentes.

—¡Fuera toda esa piara! —vociferó de pronto Juan de Tassara—. ¡Vosotros tres, acompañadles a sus campamentos! ¡Fuera he dicho! ¡Pronto!

Los gitanos, obedeciendo a la muda señal de “Chorro”, desfilaron apresuradamente, escoltados por los tres acompañantes del sevillano.

—¡Fuera vosotras también de la sala! —gritó Tassara.

Las criadas y Rocio Mairena emprendieron una veloz retirada.

Oyéronse los crujidos de las ruedas de las carrozas al ponerse en movimiento, así como el sonido de cascos de caballo.

Diego Lucientes apoyado en la columna, examinaba el rostro del sevillano, que de pronto señaló una mesa.

—¿Una copa, señor forastero?

—No bebo con quien no me agrada.

—¡Voto al... —empezó a imprecar Tassara, pero dominándose, forzó una sonrisa—. Domináis a la perfección el difícil arte de lograr sacar de quicio al más templado de los caballeros.

Diego Lucientes dirigió una mirada a su alrededor como buscando a alguien.

—Estarnos solos-aclaró innecesariamente Juan de Tassara.

—Aludisteis a un caballero. Como yo no lo soy, lo ando buscando... porque tampoco lo sois. Ni siquiera es hombre el que ata mujeres y azota a asalariadas. Lo que me extraña es que individuos de vuestro jaez, generalmente prefieren pelear ayudados por lacayos o borregos como los tres que os acompañaban.

Juan de Thssara desenvainó con estudiada lentitud.

—Nunca he matado a nadie con el placer que me producirá veros morir, mequetrefe-musitó sordamente.

Diego Lucientes desenvainó a su vez.

—Anoto mentalmente la palabrita "mequetrefe". Será seguramente el remoquete por el que os conocen en Sevilla.

Besó Tassara la hoja desnuda, manteniéndola enhiesta ante su rostro.

—En Sevilla todos me saludan con grandes zalemas, imbécil. Más de cincuenta duelos he tenido... y otros tantos epitafios coloqué en las tumbas de mis rivales. No queda en todo Sevilla quien espada en mano pueda vencerme. ¿Os vais dando cuenta de que se acabó ya la diversión?

—Creo que va a empezar tan sólo, compadre. Si vos habéis tenido más de cincuenta duelos, al menos podréis durarme unos minutos. Os daré un poco de coba, para que no os avergoncéis demasiado.

—¡En guardia! —avisó el sevillano.

Los dos aceros entrechocaron, y Juan de Tassara demostró que no era jactancia su alarde del manejo de la esgrima.

Pintaba con ágil reciedumbre, empleando la clásica esgrima italiana, de largas estocadas al flanco, y hondos estoconazos al pecho.

Diego Lucientes defendióse con maestría, extremando la precaución, porque desde la primera trabazón, comprendió que se hallaba ante un adversario que dominaba por completo todos los ardides y secretos del duelo. Por tres veces consecutivas, la espada de Tassara halló el vacío cuando ya su dueño creía haber atravesado de parte a parte el pecho de su contrincante.

—Hermosa estocada la de "micer Tagiletti" —habló Lucientes, mientras los aceros continuaban entrechocándose—. Buscad otra nueva... Mejor dicho, inventadla... Tuve un maestro, que se sabía al dedillo cuantas fintas secretas poseen los capitanes de armas. Y son las únicas lecciones que estudié con ahinco.

Sudoroso el rostro, retrocedió Tassara, para desenvainar su puñal. Fueron cuatro los aceros que sañudamente se besaban, deteniendo las acometidas que a medida que el tiempo pasaba iban haciéndose más encarnizadas.

De pronto el puñal del sevillano abatióse contra el antebrazo izquierdo de su oponente. Lanzando un alarido de triunfo, Tassara arreció en su ataque con la espada creyendo ya cercano el momento

en que su adversario iba a caer vencido...

Tuvo que retroceder parpadeando de asombro... El golpe feroz con que creía haber perforado el antebrazo enemigo, había tenido por resultado algo que le sumió en estupor.

Su puñal tenía la hoja rota... Por tanto deducía que lo que faltaba estaba hincado en el antebrazo del forastero... Y, sin embargo, si la herida llegaba hasta el hueso, que debía ser lo que había roto la hoja, ¿cómo el maldito insolente seguía en pie, sonriente y renovando sus incansables ataques?

—Soy de hierro, señor espadachín —sonrió Lucientes—. Podéis suponeros lo que os aguarda... Otro hombre herido como yo, estaría ya desangrándose y con las rodillas flaqueando... ¡Parad al flanco, mequetrefe! ¡Ahí va un obsequio!

Diego Lucientes, que llevaba ya instantes meditando cuál de las múltiples lecciones recibidas por el Pirata Negro iba a aplicar, halló la oportunidad ante el arrollador impulso con el que Juan de Tassara en hercúleo molinete, dirigía su puñal roto en tajo hacia la garganta y su espada en estocada al pecho...

Lanzóse de rodillas y de costado... Su espada perforó el hombro derecho del sevillano, mieniras su puñal hincábase en el antebrazo izquierdo...

Juan de Tassara vaciló al recibir el doble golpe... De sus manos cayeron espada y puñal... Intentó sostenerse pie, pero sus ojos cerráronse y cayó de espaldas, resonando sordamente su cabeza contra el suelo.

Diego Lucientes limpió la hoja de la espada y la del puñal, en el coleto de encajes del caído...

Prorrumpiendo en chillidos excitados, entró corriendo Rocío Mairena, que, oculta tras un cortinaje, habla presenciado toda la lucha.

—¡Huid, señor, huid! —musitó al oído de Lucientes.

—¿Yo? No veo razón ninguna para poner pies en polvorosa.

—¡Habéis matado a don Juan de Tassara!

—Sólo mato en casos muy graves, querida mesonera. Este hombre no está muerto. Tiene un alón abierto y un remo estropeado. Sanará en cinco a seis días, porque es un bribón forzudo. Si tanto le queréis, no estéis aquí mirándome como si yo fuese el mago Merlin... Traed vinagre, sal, hilas y un vaso de vino

añejo... y vuestro amado Juanito estará pimpante, aunque inutilizado para divertirse en varios días con sus noches.

El combate largo y extenuante había fatigado al madrileño, que dejóse caer en un escabel cercano al herido, que en el suelo seguía sin movimiento...

En el jubón de rico paño iba agrandándose una mancha sanguinolenta, y la rasgada manga dejaba ver, en el antebrazo, una honda herida.

Rocío Mairena, temblándole las manos, dejó junto al herido una bandeja en que habían unas vinajeras de plata, una cazoleta con sal y un frasquito ventrudo.

—No podré... —gimió—. Nunca curé a caballeros malheridos... Yo...

—Cerrad el lindo pico y ya que tanto parecéis temer por la salud de esa sujeto, elegid la mejor sábana que tengáis. Os notifico que deberéis rasgarla para emplearla como hilas que contengan la sangre de las dos heridas.

Tardó poco en volver la mesonera que por el camino iba rasgando con manos febriles una sábana de transparente tejido bordado.

—Empapad los jirones en vinagre y sal, bella flor de otoño, y ¡repámpanos!, dominad el nervio, que no sois ya niña que juega al aro.

Pero las manos de Rocío negábanse a colaborar con su voluntad. Derramó la sal, vertió vinagre sobre sus propias ropas, hasta que, impaciente, levantóse el madrileño.

—Traed acá. Pero ¡córcholis!, cuando este barbilindo recobre su seso malvado, no le digáis que yo le curé, porque entonces seré yo quien os ataré y seguramente os propinaría tanda de azotes muy sabrosos.

Diestramente, taponó Lucientes las heridas, después de desgarrar el jubón y lo que quedaba de la manga izquierda. Vertió en los cortes sangrientos todo el vinagre, aguardando a que éste espumeara blanquecino, y espolvoreó con sal a profusión las dos heridas...

—No ladeéis la cabeza, Rocío de mis pecados-murmuró arrodillado al lado del inconsciente sevillano, y mientras tendía la mano —. Dadme el frasco de vino añejo. ¿Tanto os repugna el ver

carne de cerdo a la vinagreta y salada?

—Nunca... nunca presencié lucha tan mortal... ni heridas... Tomad; es vino de cosecha antiquísima.

Descorchó Lucientes el frasco, golpeando el gollete contra el reborde del escabel. Pasó el codo por el vidrio recién cortado, y aplicándose el gollete a los labios, bebió poniendo los ojos en blanco.

—¡Repámpanos! —murmuró al terminar de beber, dejando vacío el frasco en sus tres cuartas partes—. Ese mosto es algo excepcional. Me precio de gran catador, y en mi perra existencia, pude nunca saborear algo tan delicioso en lo que a jugos de parra rse refiere. ¡Bien amáis a ese bravucón para regalarle el paladar con tal ambrosía! En fln, bien dijo el diablo que a las mujeres ni él las entendía...

Sin delicadeza, aplicó un manotazo en la mandíbula del desvanecido para conseguir abrirle la boca, y entre los labios descoloridos derramó todo lo que quedaba en el frasco.

Los trozos de sábana al entrar en las llagas, hicieron que la mesonera que contemplaba la curación, se apoyara en la mesa, sintiéndose próxima al desmayo. Aplicó Lucientes el resto de la sábana en improvisado vendaje, que mantuvo fijos los dos emplastos de hilas.

Sacudiéndose el polvo de la rodilla, púsose en pie.

—¿Habéis aprendido la lección, linda sevillana? Ya ahora sabréis curar a los que sean pinchados... Y recordad, vos fuisteis quien le curó.

Chasqueó la lengua contra el paladar mientras se sentaba, e hizo un guiño alegre a la mesonera.

—Este vinillo es brutalmente agresivo... Mientras lo bebía, se me antojó néctar vertido por ninfa, que podía cortarse con cuchillo... Ahora empiezo a percibir síntomas de gran alegría cercana... ¡Repámpanos! Si agoto el frasco, como fué mi primera idea, ruedo al suelo tumbado por jocosa patadita de Baco, mi buen amigo siempre fiel...

En el suelo removióse don Juan de Tassara... Diego Lucientes le observó sin amenidad. .

—Vuestro cariñoso invitado revive, Rocío. Inclinaos amorosamente y soportad en vuestro sufrido regazo la rubia

cabeza... ¡Qué cuadro tan enternecedor! —murmuró zumbón. Había bebido bastante en su ronda nocturna por las calles de Sevilla, pero el néctar viejo y de potente graduación, estaba culminando su labor embriagadora.

Juan de Tassara abrió los ojos, contemplando a su alrededor con mirada extraviada. Vió el rostro de Rocío inclinado sobre él. La mesonera había obedecido la indicación de Lucientes y sostenía en su regazo la rubia cabeza del herido.

—Sin quitarse las manoplas ni la casaca-musitó Tassara, mirando al que le había vencido.

—Eso es-sonrió Lucientes conteniendo un hipo —. Sólo me descalzo los guantes y aireo mi camisa, cuando tengo que...— un nuevo hipo truncó su frase —...cuando tengo que luchar contra más de diez.

Juan de Tassara sentóse trabajosamente. Se examinó las compresas y con dificultades, ayudado por Rocio, púsose en pie. Con su brazo válido, apoyóse én la mesa.

Diego Lucientes, pese a la incipiente embriaguez que le hacía pasarse con frecuencia la lengua por los labios, apoyó su diestra en la culata de la pistola, al ver el ademán con el que Juan de Tassara hurgaba en su cinto.

Pero el sevillano no extrajo arma alguna... Sacó una larga bolsa de mallas de seda, que tintineó al caer sobre la mesa.

—Haz tus cuentas, Rocío. Y si algo te debo, mándame aviso. Déjame a solas con el caballero. Tengo que hablar con él privadamente.

Desapareció Rocío Mairena, y Juan de Tassara logró levantar la voz que hasta entonces había sido un susurro...

—Esto no podrá quedar así, forastero.

—Ya estáis galleando de nuevo, en vez de iros a la camita... —un hipo impacientó al madrileño—. ¡Repámpanos! Ese mosto era pólvora envuelta en el disfraz de beso amoroso... Atended, Juan de Tassara: Podéis dar las gracias a la mesonera que os curó solícitamente y con mucha maestría. De lo contrario, estaríais en el cementerio al amanecer, si de mí hubiera dependido... porque os vería desangrar muy alegremente. Ahora, estáis fuera de toda lid... No hay pelea que valga... Ahuecad, y ojalá os rompáis la crisma por el camino.

—Habéis vencido en el primer contacto, forastero. Intentad huir ahora que aun estáis a tiempo... De lo contrario, ¡os juro que no saldréis de Sevilla con vida!

—Si pensáis impedirlo vos, moriré de vejez en esta ciudad.

—Pondré espías en todas las salidas... Vos tenéis que morir a mis manos.

—Ahora sois vos el imprudente bellaco y mequetrefe. No estáis en condiciones de amenazar... y por eso os escucho, que tal es mi temple. Tolero libertades al que no está en condiciones de llevarlas a efecto.

—Ahora estoy herido... pero dentro de una semana a lo más, estéis donde estéis, os escondáis donde os escondáis, espada en mano, continuaremos esa pendencia. No podré ya divertirme... ¡si no os mato!

Bostezó Lucientes desperezándose ampliamente.

—Tengo sueño, mequetrefe bravucón. ¿Os queréis largar ya?

—Recordad lo que os...

—No es preciso que pongáis espías, ni me busquéis por escondrijos. Os aguardaré aquí mismo... a menos que prefiráis que diariamente vaya a pedir noticias de vuestra salud.

Juan de Tassara, tambaleándose, abandonó la estancia. Decrecía ya el rumor del furioso galope con el que se alejaba, cuando Diego Lucientes subió las escaleras que conducían a su alcoba.

Por el camino murmuró, sonriendo alegremente:

—Me plasma contemplarte, Dieguito... Eres estúpido hasta la embriaguez. ¿Quién te manda quedarte en Sevilla? El hidalgo Lezama te aconsejaría que te largases... ¡No! El hidalgo Lezama. haría como yo... Se quedaría porque... ¡porque sí! Triste sería qué un Juan de lo que sea, pudiera jactarse de que huyen de él...

CAPÍTULO IV

La reja peligrosa

Los rayos del sol, penetrando oblicuamente por la ventana abierta, fueron infundiendo calor al dormido que, tendido con todas sus ropas en el lecho, gruñó ininteligibles protestas.

Al pie de la cama, un tricornio y una casaca yacían tiradas descuidadamente... El sol dibujaba una ancha franja en el pescuezó de Diego Lucientes, quien removióse con agitado espasmo.

Incorporóse súbitamente, sentándose en el lecho, y estalló en carcajada después de unos segundos de perplejidad.

—¡Diantres! Esos sueños deberían continuar en la región de la nada sin venir a importunar a los míseros mortales... —dijo en voz alta dándose una palmada en la nuca—. Amigo Sol: por unos instantes me hiciste creer que estaba en contacto con la horquilla candente de Perico Botero. ¿Es también sueño o alguien golpea mi puerta?

La puerta a la que había él descuidado echar el cerrojo, abrióse y entró Rocío Mairena. Habitualmente, el semblante de la mesonera reflejaban seguridad en sí misma... Ahora ostentaba una expresión de cohibimiento.

—Buenos días, linda Rocío. ¡Endiablado vuestro mosto viejo! Me avergüenza reconocer, que a mí, el hombre de las treinta copas de líquido que no contenga agua, vuestro vinillo traidor me tumbó como si fuese yo un pobre bebedor de aguas sucias.

—Mi marido que en gloria esté, decía que una vez que bebió dos copas en vez de la única que solía beber al mediodía para animarse, se embriagó del todo. Y mi marido era uno de los bebedores más resistentes de todo Sevilla.

—Eso me reconforta y me reconcilia conmigo mismo-dijo

Lucientes satisfecho su amor propio y arrellanándose más cómodamente —. ¿Conque sois viuda? Deplorable deplorable... En esta posada hace falta un hombre... ¿O es que desdeñáis nuevo casorio? Porque no me cabe duda alguna que tendréis los suspirantes por docenas... Miradme de frente, anfitriona. Así; que vea yo vuestras fascinantes pupilas. Tenéis aspecto de haber roto algún plato... No os preocupéis. Vos misma sois la dueña de los platos.

—Tengo... y me cuesta mucho... tengo que haceros una confesión, señor.

—¿A mí? ¡Repámpanos! Muchos incidentes peregrinos me han sucedido a lo largo de mi vagabundeo... Pero ninguna dama quiso confesarse conmigo. Será quizás porque mi rostro no inspira confianza... Me halaga que os la inspire a vos...

Ella cubrióse el rostro con las manos y por entre sus dedos escapáronse tenues sollozos. Diego Lucientes levantóse, agitando la cabeza, impaciente.

—Os recomiendo que os caséis en seguida, Rocío. Tendréis menos propensión a llorar a espita suelta. El matrimonio templa los espíritus. ¡Vaya! ¿Arreciáis en la lluvia? Tanto llanto me pondrá reumático, ¡córcholis! Vuestra confesión, ¿es acaso que teméis las iras de don Juanelo y venís a rogarme que me ausente lo antes posible para que las paredes de vuestra posada no se manchen con desperdicios de cuerpos destrozados?

—¡No es nada que tenga relación con... don Juan! —y esforzándose, logró ella dominarse—. ¡Don Juan es odiado más que temido! Mi confesión es... penosa para mí.

—Pues no la hagáis, ¡maldita sea! ¿Quién os la pide?

—¡Mi conciencia! —clamó ella, con sincero arranque.

—Trasto enojoso. Bien, pues desembuchad lo que la conciencia os aconseja.

—Cuando os lo diga... lo menos que haréis será azotarme... y si me mataseis, lo consideraría justo.

—Veamos, hermosa flor sazonada. ¿Habéis bebidó sorbos de vuestros frascos de vino añejo?

—Detesto el vino, señor. Lo considero vicio de hombres.

—Entonces, si bebéis tan sólo agua, cosa que no os recrimino, ya que todos somos libres de tener vicios inconfesables, ¿a qué

obedecen vuestras palabras, propias de seso extraviado? ¿Me creéis un don Juanito aficionado a fustigar mujeres?

—Es que... ¡hasta ayer noche os engañé miserablemente, señor! ¡Sé quién sois! —fué exclamando ella precipitadamente—. ¡Aguardaba la ocasión propicia para delataros! ¡Perdonadme si podéis! ¡Eran cinco mil onzas de oro!

Diego Lucientes sentóse, pellizcándose el labio inferior, que al fin soltó violentamente.

—Lo dicho, amigo Diablo. No hay quien las entienda. Habéis citado una cifra que me suena al oído; habláis de delación, y de que sabéis quién soy...

—Sois Diego Lucientes, el... el pirata de la proclama... Lo adiviné por la manopla, que nunca os quitáis... y por el cabello... y por todo. Porque una de mis criadas oyó cómo vos mismo os llamabais “Dieguito”... Pero ellas no saben nada... Yo me brindé a ir a mercaros la peluca, porque... así yo sola os entregaría, y yo sola recibiría la recompensa.

Barruntos me daban. Pero, ¿por qué gemís como una moribunda en vez de haber soslayado este instante yendo al primer puesto de guardia y amontonando cinco mil preciosas onzas? Eso es lo que no consigo entender.

—Me he arrepentido. ¡Os lo juro! ¡Así estuvierais en mi posada hasta el fin de vuestra vida, que larga os deseo, yo conservaré siempre el secreto! Porque ayer noche supe que vos no sois malo, que vos sóis un caballero cabal, que vos no merecéis que os persigan, y que vos...

—Tregua de “voses”, arrepentida —dijo, sonriendo, el madrileño—. No me queda más remedio que admiraros. Acabáis de despreciar la ocasión de intentar reunir cinco mil monedas de oro. Tengo tal saturación de sorpresas, que escasamente puedo sorprenderme por mucho tiempo seguido. Ahora sé que os habéis decidido firmemente a no delatarme...

—¡Os lo juro por lo más sagrado que me pidáis!

—Me basta con creerlo así. Por lo que sea, permaneceré aún varios días en esta posada. Si os vuelven a tentar las cinco mil onzas... ¡dejadme hablar, repámpanos!... pensad que se sabría que vos fuisteis quien me entregó. Y me temo que alguien quisiera vengar mi muerte. Yo no podría impedirlo; y creedme, es preferible

que sigáis viviendo tranquilamente.

—¡Señor! ¡Sóis bueno y generoso!

—¡Y un rábano! ¿Qué quieres que hiciera, amiga mía? ¿Rebanarte el cuello? ¿Hacer hilas con tus apetitosos miembros? Prefiero creer en ti y que seamos amigos. El mundo da muchas vueltas, Rocío. Hoy tengo la bolsa llena, pero ser rico es engorro que me fastidia. Mañana puedo venir con los bolsillos llenos de aire y pedirte alojamiento gratuito.

—Si os tenéis que ir algún día, señor, siempre, ¡siempre!, os esperaré y pediré que pueda seros útil en algo.

—Bien, Rocío: puedes ya serme útil. No te formalices por el tuteo. Es muestra de amistad. Dijiste antes que don Juanillo es más odiado que temido. Cuéntame algo de la vida de e se pájaro.

—Deberíais desaparecer por unos días, señor, porque él es muy vengativo, y...

—Eso no era lo que yo te preguntaba.

—Don Juan de Tassara es de noble y acaudalada familia sevillana. Heredó hace un año, y si en vida de sus padres refrenaba algo sus instintos malvados, desde que ellos murieron convirtióse en el terror de Sevilla. En todas las casas le reciben, porque con sus iguales alardea de buenos modales, y cuando quiere, hasta es amable y gentil. Por eso, las encopetadas señoritas estiman que para ellas es motivo de gran orgullo si don Juan ronda de noche en noche sus rejas.

—Otro de los tantos puntos en que el Diablo está de acuerdo conmigo. La mala fama atrae a los recatados temperamentos femeninos. Luego habrá filósofos que pretenderán que la mujer es inteligente... Continúa con tu historia, Rocío.

—Don Juan, ya desde temprana dad, demostró su carácter fríamente perverso. Colmado de bienes y obedecidos sus menores caprichos, basta que halle resistencia para que no ceje hasta lograr lo que se propone. Cortejó a señoritas, no por ellas mismas, sino porque eran prometidas de caballeros afamados como duelistas. Venció siempre... y hoy nadie se atreve a enfrentarse con él. Vos tan sólo le habéis vencido... ¡y eso no os lo perdonará! Os aseguro que desde que ayer recuperó sus sentidos, sólo una idea alienta en su alma: daros pronta muerte.

—Tengo un amigo, Rocío, que me prodigó sabias lecciones, no

tan sólo de espada, sino de especiales leyes. Decía que un perdonavidas que goza aterrorizando se convierte en apocado cuando alguien logra hacer de él un hazmerreír. Y se me ha puesto entre ceja y ceja disipar el sudario de pavores que ese caprichoso matachín ha tendido sobre la riente ciudad sevillana. Es una enseñanza práctica que he comprobado viendo actuar a mi amigo el hidalgo Lezama: a perdonavidas, doble ración de su propio caldo. Y cuando el perro que siempre muerde, es mordido, los demás de la jauría le pierden el miedo. ¿Tiene don Juanete alguna reja de su única y exclusiva propiedad?

—Hay balcón que cuando los hombres pasan por delante, agachan la cabeza para que nadie pueda decir a don Juan que ellos miraron hacia la que habita la casa.

—¿Tan fea es la dama?

—Es la más bella entre las bellas. Pero don Juan declaró públicamente que el que osara mirarla, moriría.

—Galantería extrema. ¿Quién es ella?

—Encarnación Castro. De muy rica familia, hermosa como un sol, y de nobles prendas.

—¿Dónde reside?

—Pero... ¡señor! ¿vos no pensaréis...?

—No pienses tú por mí. ¿A qué calle dan sus balcones? Dímelo. De todas formas habría de saberlo.

—En la calle del Rey don Pedro. Es un palacio sin vecindad próxima. Hace esquina con el callejón de las Animas.

Diego Lucientes vistióse la casaca, pero de pronto se la quitó.

—No seas apresurado, Dieguito. Hay dos operaciones Importantes antes de que vayas a maullar al pie do una reja peligrosa.

Levantóse la manga abullonada de su camisa, descubriendo su antebrazo izquierdo. Entre las tiras de hierro del ingenioso aparato que suplía su carencia de antebrazo, relucía un pedazo de metal: la punta del puñal que Juan de Tassara había roto creyendo herirle reciamente. Introdujo el trozo de acero en un bolsillo de la casaca, y aproximándose a la jofaina llena de agua, empapó la toalla, que fué restregando con esmero y vigor por su rostro y cuello.

En silencio, Rocio Mairena le contemplaba con apenada expresión. Desde un principio había juzgado incomprensible a su

huésped, y ahora sentía que cuando él saliese necesitaría desahogarse llorando...

Aquel buen mozo parecía deseoso de hallar la muerte... y sin embargo, nada tenía del sombrío amargado dispuesto a poner fin a sus días.

—¿Qué hora es, Rocio? —preguntó Lucientes, mientras revestía su casaca.

—Dieron ha poco las once, señor.

—A las dos prepárame la mejor de tus comidas, porque seguramente el paseo me abrirá el apetito.

—Sí, señor-replicó ella a punto de llorar, viéndole ajustarse al cinto la espada, la daga y la pistola.

Iba ya él a salir, cuando se detuvo, preguntando:

—¿No crees que me merezco un sorbo de tu vino añejo?

Salió ella corriendo y cuando Diego Lucientes ensillaba su caballo, Rocío Mairena le tendía en bandeja una copa y un frasco del que recientemente acababa de quitar el polvo de años...

. —Cautela, Dieguito— dijo el madrileño —. Dos dedos en sentido horizontal y ni una gota más.

Vertió con cuidado una escasa cantidad, que bebió con lento paladeo.

—Gracias por el espolonazo, Rocío. Hasta luego.

Camino de la ciudad, Diego Lucientes iba silbando con despreocupación. No sabía si atribuir al vino añejo o al ambiente aromático de la luminosa ciudad, la sensación de juvenil inquietud que sentía ascender por sus venas.

—Debería darte lástima de ser como eres, Dieguito. Vas a rondar una, reja peligrosa, como cuando eras estudiante... ¿Olvidas acaso que eres hombre casado? ¡Que calle Ose otro Diego! No pretendo nada más que lograr que Sevilla sepa que no es tan fiero el león como lo pintan. ¿Y a ti qué, Diego? Hombre, es cuestión de amor propio, ¿no? Y sé que el hidalgo Lezarna haría lo mismo que voy a hacer...

Cuando el caballo entró en una plazoleta, Diego Lucientes le sujetó por las riendas, deteniéndolo junto a un anciano que sentado en banco de mármol, tras el que un parterre rebosaba de flores, tomaba pacíficamente el sol.

Levantó Lucientes su tricornio, saludando al desconocido.

—Soy forástero, señor. ¿Tendréis la bondad de indicarme cuál es el callejón de las Animas?

—Seguid esta calle ancha, caballero, hasta que lleguéis a otra plazoleta. En ella hay cuatro calles, pero la que tiene en su esquina una gran linterna de hierro labrado es la del Rey don Pedro. Esta calle os conducirá al callejón que buscáis.

—Muy agradecido, señor.

Prosiguió su camino Lucientes, hasta que dió vista a un edificio que por tres costados estaba rodeado de jardines. Pero en la esquina comunicante con el callejón de las Animas no había jardín, sino un blanco muro en el que se abrían dos rejas a ras de calzada, y ventanas altas.

Ató Lucientes su caballo en una argolla colgante de una pared opuesta al muro del palacio, y dedicóse a observar la fachada, detenido en el centro de la calzada.

De soslayo pudo comprobar que varios transeúntes, que sucesivamente fueron pasando, le dirigieron miradas de sorpresa, hasta que uno, por lo visto más bondadoso o más curioso, se le acercó:

—Excusadme la pregunta, caballero. ¿Sois forastero; no es así?

—Del mismo Madrid. Es mi primera visita a esta amable y acogedora ciudad.

—Me di cuenta de ello, señor. No toméis a mal mi consejo. No os detengáis ante: esta reja.

—No quiero aparecer descortés, pero si estaba mirando esta reja es porque la juzgo muy artística.

—Tras ella vive la" prometida de don Juan de Tassara, y este caballero es muy quisquilloso.

—Gracias por el aviso, señor. Os quedo agradecido. Pero esta reja me seduce. Quiero irla plasmando en mi memoria, para algún día hacerme construir una semejante, cuando tenga dinero, casa y quietud. Buenos días, señor.

Alejóse el consejero, mascullando un saludo rápido.

Diego Lucientes continuó en su contemplación por espacio de un cuarto de hora. Permanecía con las espaldas contra la pared opuesta a la fachada del palacio, frente a la reja peligrosa.

No desvió la vista cuando por entre los amplios barrotes en cuya base las flores se enredaban en tupidos manojos, se dibujó una

confusa silueta, que fué precisándose en contornos cuando quedó sentada.

Diego Lucientes iba ya preparado a encontrarse a una “bella entre bellas”, pero quedóse extático al contemplar la maravillosa figura de la que sentada entre las flores, fijó en él la inmensa y aterciopelada suavidad de dos ojos negros de largas pestañas sedosas.



No os detengáis ante esta reja.

El semblante femenino tenía en su tez un nacarado fulgor que hacía aun más negros los abundosos cabellos, las cejas finas y arqueadas y los enormes ojos de inverosímil anchura. Los labios carnosos entreabríanse dejando ver la blancura de unos dientes menudos...

Diego Lucientes olvidó a Juan de Tassara... olvidó quién era, y dónde se hallaba, y a qué había venido, para avanzar como un alucinado hasta quedarse con el rostro adherido al hierro de la reja.

—No puede ser-murmuró sin fingimientos —. Es visión que mi mente se ha forjado... Ilusión que cantan los poetas; belleza que inútilmente intentan plasmar los pintores... Estatua que nunca escultor podrá crear.

Una voz de entonación gravemente musical, melodiosa, susurró:

—Idos, señor. Os lo ruego. Os hablo porque... comprendo que sois forastero. Esta reja podría ser vuestra tumba.

—¡Tumba quiero, si vos sois la estatua que la adorne! Pero... habláis... No sois, pues, diosa del Olimpo, sino mujer...

—Cesad en vuestra divagación, señor dijo ella, sin que su voz, henchida de seductora música, sufriera alteración alguna —. Tened presente que soy la prometida de don Juan de Tassara, y por forastero, ignoráis que mi prometido juró dar muerte a quien se atreviera a detenerse ante mi reja.

—Razón tiene vuestro prometido en desear mil muertes a quien se atreva a posar en vos mirada impura. Os veo... y siento deseos de hincarme de rodillas...

—Acaba de pasar un conocido de don Juan de Tassara. Este sabrá pronto que un caballero con tricornio y manoplas azules, de cabello castaño, alto y..., que corresponde a vuestra descripción, no sólo se ha detenido ante mi reja, sino que me ha hablado. Idos de Sevilla, os lo ruego, señor. Me dolería sinceramente que os ocurriera un grave percance...

—El grave e incurable percance ha ocurrido ya, señora. Os he visto. Y he quedado como el ciego que quiso contemplar fijamente el sol.

—¡Sois terco, señor! —exclamó ella, ya nerviosa—. Os he advertido ya. Ahora me retiro.

—Seguiréis encantando mis pupilas aunque os vayáis, señora. Y yo seguiré aferrado a esta reja hasta que la noche caiga y mi compasiva amiga la Luna se apiade de mí soportando mi queja.

La reja era tan sólo un espacio vacío con flores. Encarnación Castro habíase retirado.

Diego Lucientes continuó con la frente aplicada contra los barrotes, que iban entibiándose al contacto de su piel...

Pasaron minutos, y de nuevo una voz de agradable musicalidad, murmuró:

—Me dais pena, señor. Veo que no habéis comprendido toda la seriedad de la amenaza que sobre vos se cierne. De un momento a otro vendrá don Juan de Tassara... y os matará.

—No lo creo-dijo parpadeando el madrileño, y pasándose una mano por los ojos, como si pretendiera borrar una visión.

—¿Creéis que miento? ¿No os advirtió ya un paseante? Yo lo oí... porque me acerqué extrañada al ver lo que hace un año entero no ocurría: un caballero detenido ante esta reja.

—Sé que no mentís. Sé que es cierto lo que vuestro prometido ha jurado. Ahora que ya he recobrado un poco de normalidad; ahora que compruebo que a una belleza indescriptible unís bondad de corazón... ¡ahora es cuando más persisto en lo que me he propuesto!

—¿Estáis en vuestros cabales, señor forastero?

—Seguramente es pregunta que tendréis que hacer a cuantos os vean, porque el pasmo entontece. Procuraré razonar, si por unos instantes bajáis los párpados y veláis el cielo de vuestras pupilas...

—Extraño sois, y más extraño es vuestro comportamiento. Os hablo porque me apena lo que no va a tardar en suceder. Y muy triste es que en la flor de la edad perdáis la vida... por ignorancia o testarudez de poeta forastero.

—Mísero poetastro soy, señora. Pero en mi testarudez a desoír vuestras bondadosas advertencias no hay ignorancia. Vine a vuestra reja sabiendo quién erais y sabiendo el juramento público de don Juan de Tassara. Pero al veros lo olvidé todo. —¿Sabéis que mi prometido no tiene rival y que muchos infelices buenos esgrimistas pagaron con la muerte su leve imprudencia al detenerse... Cesó ella bruscamente de hablar. Una mano acababa de apoyarse en el hombro de Diego Lucientes, quien recuperó su completo dominio, tensando los músculos...

Don Juan de Tassara, con el brazo izquierdo en cabestrillo, intensamente pálido y centelleantes los ojos, murmuró:

—Buenos días, señor forastero.

—Los días son como los hacemos, señor Tassara. Os creía encamado. En cierto modo, admiro vuestra reciedumbre al deambular por las calles.

—Acabo de ser advertido de que... de que estabais aquí. He venido para haceros una advertencia. ¡Encarnación! Abrenos tú misma. El señor y yo estaremos mejor en tu casa... No quiero que se aglomeren espectadores indiscretos. ¿Tenéis la bondad, señor forastero?

—Enseñadme vos el camino. Os sigo.

En el umbral de la puerta, Encarnación Castro aguardaba. Su

belleza, no velada ya por la penumbra, era un prodigio de irreal maravilla que nunca soñara la imaginación más fértil...

Juan de Tassara entró, seguido por Lucientes. Giró bruscamente a su izquierda penetrando en un pequeño salón de lujoso mobiliario, donde pesadamente dejóse caer en un sillón.

En pie en el umbral, Diego Lucientes, destocado el tricornio, miró a Encarnación Castro.

—¿Me permitís, señora, la entrada en este aposento? Me invitó amablemente vuestro prometido, pero se olvidó seguramente de que la casa es vuestra.

CAPITULO V

El desquite anhelado

La frase del madrileño hizo que Encarnación Castro entrase en el salón, a la par que murmuraba:

—Estáis en vuestra casa, señor Sentaos.

Juan de Tassara habló con evidente y estudiada frialdad:

—Os supongo enterado, señor de quién es la mujer a la que habéis estado importunando.

—He estado importunando a una dama a quien reconozco únicamente el derecho de reprochármelo.

—Sabíais que era mi prometida.

—Sí. Vine primero con intención de examinar de cerca la reja peligrosa.

Después... lamenté que fuera vuestra prometida. Perdonad, señora, pero con lo muy poco que yo valgo, casi sería preferible que fuerais mi prometida y no la de ese caballero aquí presente.

Encarnación Castro, en silencio escuchaba, aunque íntimamente forjaba varias suposiciones viendo la palidez enfermiza del sevillano y su brazo en cabestrillo...

—¿Te contó lo ocurrido anoche? —preguntó Tassara con dura entonación, fijando en ella una mirada colérica.

—No sé a qué te refieres, Juan. Este caballero declaró que la reja le interesaba desde el punto de vista artístico. Comprendiendo que era forastero, le advertí el peligro que corría por ignorancia... Y entonces viniste tú...

—Hace escasamente diez horas juré que os mataría, señor. Pero sólo tenéis una vida. ¿Cómo podéis pagarme el deliberado desafío con el que habéis acudido a retarme públicamente a la faz de toda Sevilla, donde las noticias corren como reguero de pólvora?

—Considero que delante de quien nos escucha, deberíamos evitar el hablar como bravucones deseosos de pendencia, señor Tassara.

El sevillano crispó su puño derecho, que llevóse a la boca, mordiéndolo por unos instantes.

—¿Quién sois, forastero?

—Un vagabundo que va donde se le antoja.

—Hay algo misterioso en vuestro proceder, forastero. Estoy convencido de que sois un espadachín a sueldo de alguien que desde Sevilla os envió a buscar, para que bien pagado, intentarais matarme en duelo, como hace diez horas apenas lo intentasteis.

—Creedme o no, pero lo cierto es que desconocía vuestra inútil existencia hasta ayer a la hora que citáis, en que por azar entré donde... vos estabais.

—¿Pretendéis que dé fe a vuestras palabras?

—¡Me importa un pepino que me Creáis o no! —exclamó Lucientes, a quien el sevillano iba haciéndosele profundamente insoportable. Imparcialmente, reconoció que su aumento, de antipatía obedecía al hecho de que fuera poseedor al derecho de desposar a la que ahora miró con expresión contrita—: Os pido mil perdones, señora, si olvidando vuestra presencia, me permití un léxico poco adecuado a vuestros oídos.

—Con ella nada tenéis que ver, forastero.

—Con vos no hablaba ahora, señor. Estamos ambos en casa ajena.

—Os ruego que olvidéis por completo que estoy aquí-dijo ella con extraña entonación —. Hablad como tengáis por costumbre, os lo ruego.

—Ya que así lo deseáis... —replicó el madrileño con leve asombro-os obedezco.

Apartó a regañadientes la vista de Encarnación Castro, para mirar, con el ceño fruncido, al que sentado ante él, respiraba entrecortadamente.

—Atended, señor Tassara: personalmente, nada tenía contra vos hasta que ayer a la medianoche, os vi y os hablé. Vos perjuráis continuamente que vuestro mayor placer será darme pasaje al otro mundo. Hasta hace media hora, me habría limitado a defenderme e inutilizaros a ser posible... Ahora he cambiado de parecer.

—¿Pensáis huir aprovechando mi actual invalidez?

—Más que vos mismo deseo que estéis pronto en condiciones de intentar lo que os proponéis... porque ahora somos dos a compartir el mismo deseo. Lo siento, señora... pero por vuestro propio bien, os sentará mejor llorar sobro una tumba que llorar como esposa. ¿Habéis comprendido, sañor Tassara, lo que quiero indicar?

—Si mal no me engaño, queréis significar que pensáis matarme.

—Algo rudamente lo habéis expuesto delante de vuestra prometida, pero ya que vos mismo os permitís este lenguaje, ratifico vuestra opinión. No me iré de Sevilla hasta que no os deje a buen recaudo con varias paletadas de tierra encima. Y ahora, señora, os pido mil excusas, y solicito que me autoricéis a retirarme.

Iba Lucientes a levantarse, pero Encarnación Castro le detuvo con un ademán:

—Os ruego que os quedéis, señor. Seguramente Juan no ha terminado de deciros cuanto desea.

—No he terminado-aprobó el sevillano —. Y por eso quise que estuvieras presente, Encarnación. Juré que nadie osaría mirarte como se mira a una mujer... Y ese hombre ha llevado su insolencia hasta el extremo de retarme públicamente...

—¡Eso es lo que os duele, presumido que sois! Y eso es lo que me he propuesto. ¿No os dáis cuenta de mi intención?

—Explicaos y me daré cuenta.

—Para vos, la peor afrenta es que alguien pueda reírse de don Juan de Tassara y otras hierbas, reputado espadachín belicoso, y ricachón caprichoso. Quizás logréis matarme, aunque ya procuraré ahora más que nunca, velar por mi piel, a la cual si no tengo en aprecio, comúnmente, en estos instantes valoro crecidamente. Vuestra prometida no saldrá a la reja, pero yo sí estaré junto a los barrotes mientras el sol brille y hasta que la luna se canse de verme. Quiero que en Sevilla sepan que los bravucones de vuestra calaña son seres despreciables, de los que es sano y reconfortante reírse.

—Vos sois el que tenéis modales de matón profesional.

—Me los habéis contagiado, ¡córcholis! Pero es que vuestra frialdad me es repulsiva. Y el peor de los crímenes sería que esposarais a quien no... Bien, estoy cometiendo una incalificable grosería. Mezclo a una dama en querella entre dos hombres.

—¿Qué ibais a decir? —preguntó suavemente Encarnación

Castro.

—Algo misteriosa sois, señora-sonrió Lucientes, perplejo —. Deberíais ordenar que me echaran a palos de vuestra casa, porque vine a enturbiar vuestro amorío. Y a eso añado otra desfachatez, ya que a ello me instáis. Iba a decir, y digo, que el peor de los crímenes sería que este sujeto marchitara vuestra pureza y vuestra bondadosa alegría con su pestilente perversidad. Contra vos misma... ¡yo lo impediré!

Rió silenciosamente Juan de Tassara.

—Otro enamorado más, Encarnación.

—¡Repámpanos! —exclamó Lucientes—. Tengo que recordar que estáis hecho un saco indefenso, para dominar mis deseos de patea見os el rostro. Tenéis un modo de dirigir la palabra a esta dama que será para vos fraseología elegantísima, pero que a mí me revienta.

Volvióse impulsivamente hacia ella, que le miraba con fijeza.

—¿Cómo consentís eso, señora? Ese... señor, para hablaros debería, arrodillarse. ¡Y os habla casi con desdén!

—No os formalicéis por eso-replicó ella con tenue sonrisa —. Es el modo de ser de Juan. Pero, por favor, continuad hablando como si yo no existiera.

—Ayer... recibí dos heridas-dijo Tassara —. Estoy fatigado. No debí abandonar la cama, pero pudo más el impulso de cerciorarme de que no era por ignorancia que tuvo ese forastero la osadía de...

—No os fatiguéis-interrumpió Lucientes —. Me interesa que estéis lo más pronto posible en condiciones do saciar vuestra rabieta en mí. Os diré cuáles son mis propósitos. Comeré y dormiré en la posada donde tuve el disgusto de conoceros. El resto del tiempo... aquí estaré. Quizá si en Sevilla comprueban que hay un loco que desprecia vuestras amenazas, surgirán otros locos, en el caso de que mandéis vuestros esbirros a terminar conmigo.

—Mataría al que os hiciera el menor daño, señor-dijo inesperadamente Juan de Tassara —. Vos me pertenecéis. Ordena a uno de tus lacayos que me conduzca a casa en carroza, Encarnación. Siento vahídos...

Ella salió del salón, y entonces el sevillano murmuró, mordiendo las palabras:

—¡Os odio tan ferozmente, que sólo el veros me da fiebre!

—Así reventaseis —dijo Lucientes, colérico—. Dos son las alternativas en que me he zambullido: si. me matáis, seguiréis alardeando por Sevilla. Si os mato... vuestra prometida me odiará... Pero sea lo que sea; con toda mi alma hago votos para que sanéis pronto y os pueda contemplar al otro extremo de la punta de mi espada. Y ahora, os concedo permiso para que os desfoguéis.

—Me temo que os hayáis enamorado de Encarnación-sonrió, lívido el semblante, su interlocutor —. Hay en vuestras bravatas un fuego que no alentaba esta noche... ¿Está la carroza ya?

Encarnación Castro asintió desde el umbral.

Levantáronse ambos rivales, y Juan de Tassara se apoyó en el hombro de ella mientras los tres se dirigían hacia la puerta.

Pareció que el sevillano tropezase en el guardapiés de la carroza al disponerse a subir, pero el lacayo que le ayudaba sólo tuvo tiempo de sostenerle cuando ya el herido iba a caer.

—Se ha desvanecido —dijo Encarnación, inalterable en la expresión y sin que su voz variara de musicalidad—. Acompaña al señor de Tassara a su domicilio, Rafael.

Cuando la carrosa había ya desaparecido hacia la plazoleta, Diego Lucientes inclinóse ante la prometida de su enemigo.

—Os reitero mis excusas, señora, si alguna que otra frase malsonante se me escapó a pesar mío. También os ruego las aceptéis por entrometerme en vuestro amor. Y por último, perdonad de antemano si cometo la grosería de hablarle a una reja comprometiendo quizás vuestra reputación. Lo haré, porque así creo debo hacerlo. Y como es ya algo muy ahincado, prefiero advertiros que vuestros lacayos podrán echarme cuantas veces quieran, que tantas otras veces volveré...

—Tengo dos hermanos.

Rascóse Lucientes la sien con sus dedos enguantados.

—Con ellos no quiero el menor roce, señora... porque son vuestros hermanos. En fin, perdonadme...

—Entrad, señor. Por las esquinas asoman rostros de curiosos. Estaremos al amparo de indiscreciones en el salón. .¿No os invitó a entrar en él mi prometido? Ahora soy yo quien os invita.

Diego Lucientes recordó sus citas del Diablo, “el psicólogo en mentes femeninas”, y a su pesar sonrió mientras se sentaba, tras que ella lo hizo.

—¿Sería quizás curioso poder saber en qué estáis pensando, señor, que hay una divertida sonrisa en vuestros labios.

—Francamente, señora: pensaba en el Diablo. Pienso siempre en él cuando me hallo frente a damas cuya forma de ser no logro comprender.

—No tendréis, supongo, dificultad en Comprenderme.

—Será ilusión de mis oídos... Será influencia de vuestra voz melodiosa; pero soy tan obtuso... que creo percibir cordialidad en vuestro gesto y en vuestra voz. Absurda sensación, porque os debo parecer despreciable y digno de aborrecimiento.

—Explicadme en qué causas fundáis la apreciación de que seáis despreciable y digno de aborrecimiento.

—Está nítido como la pupila de un infante, señora. Llego... me entrometo en vuestro amor, amenazo a vuestro prometido, juro matarle...

Rió en breve carcajada, para añadir rápidamente:

—No os ofendáis, señora, si os digo que en caso de que me ofrecierais copa con ambrosía, tendría que rechazar tal oferta... En cambio, voluntariamente la aceptaría aunque supiera que contenía veneno... después de que don Juan de Tassara reposase para siempre, dejando reposar a los demás.

—¿Queréis contarme lo ocurrido anoche entre vos y el señor Tassara?

—Me alojo en la posada de la “Cruz del Campo”. Ayer noche, al filo de las doce, me disponía a subir a mis habitaciones, cuando... vuestro prometido me llamó la atención calificándome de inoportuno. Soy extremadamente sensible. Nos batimos y tuve la suerte de herirle en un hombro y en el antebrazo. Eso es lo que ocurrió.

—¿Sóis, pues, un espadachín pendenciero que por una palabra de más o de menos se bate en duelo?

—Que me eche la primera piedra quien no peque de esa debilidad.

—¿Por qué os llamó inoportuno?

—Porque así debí parecerle. Os prometo que no he venido a Sevilla para buscar querella, ni pagado por, nadie. Fué azar mi encuentro con don Juan de Tassara.

—¿Estaba solo el señor de Tassara?

—No. Le acompañaban tres amigos, que se retiraron dejándonos solos.

Encarnación Castro cruzó las manos marfileñas y sonrió con gesto que tenía innata majestuosidad.

—En vos la sonrisa es como una joya rara, que pocos pueden ver y, por tanto, envidiable soy al contemplarla.

—He sonreído, señor… porque vos sois el hombre que yo esperaba.

Jactábase Lucientes de que nada le sorprendía, pero su boca abierta y sus ojos dilatados al máximo, demostraron que en el caso presente estaba bajo los efectos de un paroxismo de estupor.

—No interpretéis torcidamente mi frase, señor. He querido significar que por lo mal que me habéis mentido, he adivinado que sois caballeroso. Ni aun para colmar el aborrecimiento que Juan de Tassara me inspira, habéis querido explicarme la verdad de lo que sucedió ayer noche. No quisisteis decírmelo, por hombre cabal, deseoso de evitarme el oír la humillación que es para mí la vida nocturna de Juan de Tassara. Pero aquí, en Sevilla, todo se sabe, señor. Cuanto aconteció anoche… las dos pobres mujeres atadas… lo que siguió… todo me ha sido contado por quien lo oyó de labios de uno de los compañeros de perversión de mi prometido. Lo único que no me fué aclarado es la personalidad del “inoportuno”.

Diego Lucientes consiguió mantener la boca cerrada, mientras ella continuaba diciendo:

—Y no sois el habitual espadachín a sueldo. Sois caballeroso, porque he adivinado que así como intervinisteis en defensa de dos mujeres, ahora intentáis defenderme, suponiendo que por ello os guardaré rencor, de un posible enlace con Juan de Tassara. No citéis al diablo, señor… No es difícil comprenderme cuando os afirme que no hay en todo Sevilla nadie que odie a Juan de Tassara… ¡como yo le odio!

—¡Córcholis, señora!… Ahora es cuando menos entiendo…

—Lo iréis comprendiendo con gran claridad a medida que escuchéis la narración de cómo he llegado a ser la prometida de Juan de Tassara. Hace un año llegué yo a Sevilla procedente de un pueblo de la provincia. Vivo con mi padre, anciano ya, y mis dos hermanos. Oí hablar de Juan de Tassara, desconociendo aún sus fechorías. Rondó mi reja y al principio me forjé la ilusión de que

amándome abandonaría los pecadillos que yo le atribuía. Pero en él sólo era el capricho del hombre siempre mimado y obedecido. Cuando injustamente fueron llamándome “la bella entre bellas”, Juan de Tassara lanzó su público reto, jurando que mataría al que se atreviera a mirarme tan solo. Lo creí apasionados celos de enamorado, pero él mismo me desengañó: fríamente me dijo que tan sólo se quería a él mismo, y que quizás algún día se casaría conmigo, si por ahí le daba la ventolera. Cerré mi ventana, y durante varios días él estuvo inútilmente esperándome al anochecer. Pero me aguardó a la salida del templo. Se limitó a decirme que mataría a mis dos hermanos si yo no aparecía a la reja cuando él me llamase. Por eso soy la prometida de Juan de Tassara. Por eso le odio. Y por eso vos sois el desquite anhelado.

Diego Lucientes ostentó un rostro radiante.

—Señora: ahora más que nunca, bendigo el haber sido inoportuno. Sin el lastre que me temía de vuestro rencor... os aseguro, abandonando toda jactancia, que tengo la confianza de que mi amigo el Azar conducirá mi espada con fortuna.

Ella levantóse, y de un mueble extrajo un frasco de cristal y dos copas. Las llenó de dorado vino.

—¿Teméis ahora que os envenene?

—Fui un mentecato-dijo él, sonriendo y cogiendo la copa que ella le tendía. Iba a beber cuando mantuvo la copa a medio alzar.

—Es licor de frutas, hecho por mí misma. ¿No os gusta?

Diego Lucientes esbozó un ademán de excusa.

—Iba a beber, señora, brindando por vuestra felicidad. Pero... soy uh indeciso entre en quien se debaten dos personalidades: la mía habitual, y otra cínica y desconfiada.

—Creo que esas dos personalidades la tienen todos. Yo misma. ¿Y qué os susurra vuestro otro yo?

—Cosas desagradables. Me dice que es posible que vos hayáis inventado lo que acabáis de contarme... Que es posible que deseéis evitarle ,a vuestro prometido un mal percance...

Ella apoyó su diestra en la manopla azul..

—Cambiemos de copa, señor.

Sin oponer resistencia, dejó Lucientes que ella le quitara la copa, aceptando la que hasta entonces había sostenido.

Alzó ella la copa, y con leve inclinación bebió todo el contenido.

Diego Lucientes la imitó…

—Tenéis más que el derecho, la obligación de llamarme insolente y estúpido.

—Vuestra precaución me ha complacido. Me asegura que en vos he hallado quien me desquite de un año de tormento moral.

—Yo… no quisiera molestaros, pero si tenéis dos hermanos, ¿por qué el Tassara puede escarneceros con su mal vivir…?

—Mis hermanos tienen respectivamente once y nueve años.

—¡Grandísimo canalla! —estalló Lucientes—. Dadme por favor más licor de frutas. Es delicioso y me calmará…

Ella sentóse, después de tenderle la copa, y cogió de una cesta cercana una rosa de rojo color encendido.

—Por vuestro acento, sois de la corte. Pero ha sido tan poco convencional el modo en que nos hemos conocido, que tan sólo sé que sois madrileño. Ignoro cuál es el nombre por el que tengo que impetrar a la Providencia para que os aleje de todo peligro.

—En trance algo difícil estoy, señora. No. quiero mentiros… y tampoco puedo deciros la verdad. Os diré mi nombre cuando me vaya de Sevilla.

—Posiblemente vendréis con misión especial. No insisto. En estos tiempos de guerra con naciones extranjeras, y en que el suelo patrio está invadido de espías, comprendo que deseéis conservar vuestro incógnito.

Levantóse ella, y sus cabellos quedaron rozando el rostro de Diego Lucientes, mientras los dedos femeninos colocaban en un ojal de la casaca la rosa roja.

—Guardadla como talismán de buena suerte, porque en ella anida mi anhelo. Si cumplís vuestra promesa, esta flor no se marchitará, porque la renovaré con las de mi reja.

—La recompensa de oír vuestra voz me hará acudir constantemente y temo que terminaréis por considerarme de veras un inoportuno, señora.

—Llamadme Encarnación, señor —dijo ella con tenue sonrisa.

—Hábil canto de sirena, Encarnación. Mi nombre es común… Quizás por eso tenía empeño en ocultarlo.

—Si no os llamáis Juan…

—Diego.

Tendió ella la diestra, que al ser besada por el aventurero, dejó

en sus labios fragancia de flor y tersura de seda.

—Vigilad, Diego. Si algo os sucediera...

—Andaré con paso corto y muy mala intención. Os lo garantizo-replicó él, riendo, mientras se dirigían hacia la puerta.

—Hay muchas rejas en Sevilla, Diego. No os confundáis...

—¡Sólo hay una! —exclamó él fervientemente. Y para moderar su reciente ímpetu, preguntó en tono normal—: ¿A qué hora os dignaréis esta tarde soportar mi sombra de nube entre el sol y los luceros de vuestros ojos?

—Supongo que reposaréis después de comer. Os alojáis en la posada de la “Cruz del Campo”... Tenéis caballo... A las siete, Diego. Os aguardaré.

—A las siete, Encarnación.

Por la carretera que conducía a Alcalá de Guadaira, algún que otro caminante se encogía de hombros sonriente, al ver el jinete que llevando en su manopla azul de terciopelo una rosa encendida, la aspiraba de vez en cuando con arrobo, mientras su caballo, bridas caídas, andaba al paso, melancólicamente...

CAPITULO VI

Todos los recursos valen

Desde la ventana de la propia alcoba de Diego Lucientes, una mujer oteaba el horizonte hacia Sevilla, hasta que vió aparecer por la carreara al atildado madrileño.

La observadora presenció desde lejos, la actitud desmadejada con la que el jinete dejaba al caballo libre de caminar a su albedrío, dedicando, en vez de atender a las riendas, a aspirar una rosa que mantenía contra sus labios por espacio de largos segundos...

Fué el caballo, con agudo relincho, quien despertó al romántico jinete de su ensimismamiento. Colocóse Lucientes la rosa, ya maltrecha, en el ojal de la casaca, mientras cogiendo las bridas conducía al "bruto hasta el patio de entrada del mesón, donde una criada hízose cargo del caballo.

Diego Lucientes atravesó las salas, contestando distraídamente a los saludos. Percibió vagamente que Rocío Mairena le hablaba, pero no la escuchó...

No podía apartar de su mente la visión maravillosa que era para él la mujer que acababa de conocer... Empujó la puerta de su alcoba, y la cerró adosándose de espaldas a ella.

Miraba hacia lo alto, y de nuevo cogió la rosa, que besó suavemente.

—¿Es rosa que nació en barril de vino?

La pregunta se le antojó a Diego Lucientes el colmo de la irreverencia. Iba a contestar airado, cuando dióse cuenta de quién era la que le interpelaba apareciendo por entre los cortinajes que rodeaban el lecho.

—¡Carmen! —exclamó—. Pero... ¿no estabas camino de Cádiz? ¿.Qué haces aquí? ¿Cómo, mil diablos, la mesonera no me notificó

tu presencia?

—Tengo mucho orgullo, Diego-musitó ella —. Pero hay algo más fuerte que el orgullo. No pude... irme lejos de ti... He vuelto. Quieras o no, he decidido no abandonarte. No sería vida la mía sabiéndote en peligro constantemente. He leído las proclamas que se ven en todas las calles de Sevilla. Pese a tu peluca, pese a tu antebrazo postizo... ¡un cadalso te espera!

—Brrrr! Que siga esperando y que efectúen la ceremonia sin mi presencia. Atiende, Carmen. Me confesaste tu afán por la aventura. Viviste una. La aventura ha terminado y las chicas buenas cierran el libro, cogen asiento en la posta y van a Cádiz. Eso es lo que tú vas a hacer, porque eres una chica buena...

—La seriedad no te cuadra, Diego mío. El día que abandoné mi hogar para seguirte, sabía yo que no volvería. Si has de morir, será conmigo.

—Tienes frases que me alientan enormemente, Carmen. Pero hablemos con sensatez: te perjudica lo que haces. Estás a tiempo de regresar a tu casa, sin temor a lo que tu padre haría si supiera la verdad. Bastará con que le digas que yo te rapté, y asunto concluido.

—¿Por qué no me dices que no tengo dignidad?. ¿Por qué no me escupes a la cara tu desdén porque mendigo tu cariño?... —y la apasionada gaditana lanzó sus dos preguntas con voz súbitamente enronquecida.

—¡Córcholis! ¿Qué tragedia es ésa? ¿Quién habla de dignidades, ni desdenes, ni mendicidad? Y de una vez por todas, ¿quién de nosotros dos ha pronunciado tan sólo una palabra de amor? Fué amistad, afecto de compañeros de cabalgata...

—Sentada delante de ti, y después, cuando descansábamos, me dijiste que yo te...

—¡Fué maullido de gato bajo el rayo lunar! Pero pese a todo, Carmen, bien te dije que estando como estabas tan cerca mío, estabas muy lejos. Bien te dije que no podía ni debía amarte...

—¿Le has dicho lo mismo a la que te dió esa rosa?

—Me gustan las flores... y la recogí al borde del camino. ¡Rayos y centellas! ¡Ahora mismo te llevo a tu casa a todo galope!

Se erguía ella, desafiante, pero no tuvo que forcejear, porque el madrileño se detuvo en su impulso primero.

—No puedo... —murmuró—. Tengo que quedarme en Sevilla. Sé buena, Carmen. Cometiste una locura al venir conmigo. No la agraves continuando...

—En esta posada dan alojamiento a quien lo paga. Llevo dinero suficiente para ocupar habitación propia. Tú... ¡tú has de volver a hablarme como lo hiciste en aquella noche que nunca olvidaré!

Carmen Robles anduvo a pasos nerviosos la distancia que le separaba de la puerta. La abrió con violencia y con mayor ímpetu la cerró estruendosamente.

Diego Lucientes sentóse en el filo del lecho.

—En toda mujer hay un ángel y un diablo. Percibí el diablo en la hermosa gaditana, pero me dejé arrullar por el aleteo del ángel. ¡Maldito sea yo! ¡Mujeres! ¡Siempre mujeres! Eso es ya una pesadilla...

Abatió la cabeza, y al ver la rosa estrujada sonrió, desapareciendo su reciente enojo:

—Encarnación... Nombre simbólico, porque ella encarna los sueños de quien como yo aspira a la belleza ideal...

En la puerta resonaron unos tímidos golpes. Diego Lucientes levantóse mordiéndose los labios.

—No hay espacio en esta baja tierra para los soñadores. Siempre hay llamadas que nos hacen regresar a la realidad.

Abrió, decidido a revelarle a Carmen Robles lo que hasta entonces no le había dicho: que estaba casado...

La voz de su subconsciente le insinuó que tal revelación, debía también hacerla a Encarnación, o cuando menos apartarse de todo inicio de amorío con la prometida forzosa del terror de Sevilla...

Rocío Mairena repitió angustiada sus frases:

—Veinte jinetes acaban de rodear la posada, señor. Y otros diez hombres; a pie se disponen a entrar.

—¡Repámpanos!

Corrió el madrileño hacia la ventana. Cinco jinetes dirigieron sus mosquetones hacia el que se asomaba...

En tres zancadas corrió a la puerta, y desenvainando su espada, descendió a saltos la escalera.

Cinco hombres arrodillados le apuntaron con sus mosquetones...

Retrocedió velozmente Lucientes, buscando otra salida.

Otros cinco mosquetones le encañonaron...

Destacóse un individuo vestido elegantemente, sin arreos militares ni insignias de cargo judicial.

—Es inútil toda resistencia, señor forastero. No os ocurrirá ningún mal si voluntariamente accedéis a seguirme. Si intentáis luchar, moriréis, y en el combate perecerán cuantos se encuentren en la posada.

—Quisiera saber por orden de quién venís, y a dónde pretendéis que os siga.

—Me envía don Juan de Tassara. Me recomendó encarecidamente que os hiciera saber que con ello tan sólo quiere evitar que os apoyéis en cierta reja. Os invita a que os alojéis en su casa, hasta que recobrado de su actual dolencia, pueda ponerse a vuestra disposición.

—Una invitación muy especial la que precisa de treinta mosquetones para ser atendida-replicó Lucientes, íntimamente aliviado.

No eran, como temió al principio, servidores de la justicia, a la captura del pirata perseguido.

—Don Juan de Tassara por mi mediación, os da su palabra de honor de que nada os sucederá si abandonando toda resistencia inútil, consentís en alojaros en su casa.

Diego Lucientes pensó en Encarnación Castro... Hubiera sido jugar con fuego. Hablar de amores a la sevillana era casi un acto tan deshonroso como el de Juan de Tassara forzándola a ser su prometida...

—Dispuesto estoy, señor. Pero con ciertas condiciones.

—Decid.

—Sois treinta jinetes. Acepto quince delante de mí y quince atrás. Pero guardando las debidas distancias. Al primer síntoma de encerrona, si he de caer, me acompañaréis varios de vosotros.

Montó a caballo, y delante de él, a unos diez pasos, varios jinetes pusieron sus cabalgaduras al trote. Tras su montura, y a la misma distancia, otros tantos jinetes aguardaban. A ambos lados de la carretera, y más distanciados, veíanse otros jinetes...

—Digna escolta para un invitado de honor-rezongó Lucientes.

A una prudencial distancia, el que parecía mandar en el grupo de jinetes, levantó la voz para decir:

—El domicilio del señor de Tassara está en las afueras de la

ciudad. Sin embargo, debo aconsejaros que si cruzásemos por azar soldados o gente de vigilancia, que no llaméis la atención sobre vos. Tengo orden en este caso de mataros, y la cumpliría.

—No pienso llamar la atención de soldados ni de jueces. Os lo aseguro. Si soy un invitado de honor, ¿qué tengo que temer?

—Nada en absoluto. Tenéis la palabra de honor del señor de Tassara, empeñada ante varios caballeros.

—Algo es algo, aunque es pobre consuelo si me mondan el cráneo los gusanos, el pensar que el señor de Tassara sea acusado de no cumplir sus palabras de honor.

El trote fué aumentando, hasta que a todo galope, los jinetes que iban en cabeza se desviaron de la carretera para entrar en una amplia avenida lateral, en cuyo extremo alzábase una mansión palaciega.

En el jardín, los jinetes fueron abriéndose en semicírculo que cerró herméticamente la rotonda y la escalinata.

En el centro del anillo de caballos y hombres, Diego Lucientes encabritó mu montura, obligándola a detenerse en seco.

En la terraza, acababa de divisar la silueta de Juan de Tassara, sentado en un sillón rebosante de almohadas.

—No dudo que tendréis bastantes invitados por ese procedimiento, señor de Tassara-gritó Lucientes. A la fuerza... se consiguen algunas cosas. Pero no me fío de vos.

—No estáis en condiciones de prodigar bravuconerías-replicó el herido.

—Ofrecéis un blanco magnífico —dijo Lucientes, sacando repentinamente su pistola, que encañonó hacia el sevillano—. Si uno de vuestros hombres se acerca o me disparan, daos por muerto.

—¡Quietos todos! —ordenó Tassara—. Le daréis muerte tan sólo si dispara contra mí.

Diego Lucientes, con cautelosos caracoleos que su zurda de hierro imprimía con tirones de bridas al caballo, acercóse hasta que, montado, quedó junto a la balustrada de la terraza.

A corta distancia y enfocado por la pistola, Juan de Tassara le miró fríamente.

—Si pensáis acobardarme, váis por mal camino, señor forastero. Esos hombres están pagados para impedir que os alejéis de mi lado hasta tanto no me sienta yo con fuerzas suficientes para que

zanjemos lo que pendiente ha quedado entre nosotros. ¿Pensabais acaso que iba a consentir en lo que esta mañana me anunciasteis? Par… vos no hay ya más reja que la del cementerio.

Inesperadamente, con ágil impulso, Diego Lucientes saltó desde la silla del caballo junto al herido. Y fué tan rápida su acción, que cuando alguno de los jinetes inició un avance, ya el madrileño estaba tras el sillón, apoyado el cañón de su pistola en la nuca del sevillano.

—Ambos estámos en mala situación, compadre Tassara.

—Si me matáis, en poco me precederéis.

—Es innegable que poseéis sangré fría. Pero para que yo sea cadáver se requiere primera otro cadáver: el vuestro. Apretaré el gatillo si os sentís inclinado a jugarretas de tunantillo…

—No pienso moverme. Esos treinta hombres saben lo que tienen que hacer en caso de que seáis tan loco…



—Bien vale la ciudad mi pellejo...

—Menos hablar, Tassara. Os váis a poner en pie, porque vuestro cuerpo, por una vez, tiene mucha utilidad. Avanzaréis por donde os indique el cañón de mi pistola. Ordenaréis a todos vuestros hombres que se estén inmóviles hasta que nos perdamos de vista. Una vez lejos de aquí, yo me iré donde quiera y vos haréis lo mismo. Pero a mí nadie me invita a la fuerza. ¿Está claro? ¡Venga! ¡En pie!

Juan de Tassara rió silenciosamente. No se movió... ni giró la cabeza, en cuya nuca el cañón firmemente apoyado, constituía una

amenaza mortal.

—Tampoco yo acepto invitaciones forzosas, forastero. Disparad, si os place... Apenas se extinga el ruido de vuestra pólvora, treinta plomos se hundirán en vuestro cuerpo.

—Ignoraba que tan poco apego le tuvierais a la vida.

—Me la he jugado constantemente a una carta, por una sonrisa, por una flor, y por capricho. Moriré muy complacido, porque sé que vos iréis conmigo.

—Me parece que debo abandonar todo escrúpulo. ¿No sois de mi opinión, señor Tassara? Al fin y al cabo he decidido que Sevilla se libre de vuestra persona. Bien vale la ciudad mi pellejo después de que...

La pistola que Lucientes mantenía contra la nuca del sevillano se disparó, pero hacia el cielo...

Por una fracción de segundo, Diego Lucientes pudo imaginarse que sobre su cabeza se desplomaba el techo de la terraza.

El hombre que desde un balcón acababa de saltar, había calculado esmeradamente su acometida. Y a la

vez que una de sus manos desviaba el cañón de la pistola, la otra propinaba. un recio culatazo en la nuca del que como aplastado por una mole, quedó boca abajo, de bruces...

Juan de Tassara volvió el rostro...

—Te has ganado mil onzas, perillán. Tu salto las vale. ¡Atadme a ese maldito forastero!

Púsose en pie el sevillano con febril ansiedad, abandonando ya el dominio de sus nervios.

Contempló con asombro lo que había creído primero sangre... La peluca de rizos castaños al ser desplazada, yacía alejada de los rojos cabellos naturales del desvanecido.

—Usaba peluca-murmuró Intrigado el sevillano —.

Rió con su peculiar mueca de hiena. Imaginaba el suplicio que personalmente y a solas Infligiría al que se había atrevido a desafiarle y que había estado a punto de lograr que se burlase de él; Iría arrancando a pedazos la vida de aquel cuerpo, exánime ahora...

Uno de los que iban convirtiendo al prisionero en un fardo de ligaduras, gritó de pronto:

—¡Es manco del izquierdo! ¡Lleva un aparato de magia! ¡Hierro en todo el antebrazo! Y media coraza en el pecho...

—¡Es... el pirata de la proclama! ¡El pelirrojo manco!

Juan de Tassara sabía hasta qué límite podía llegar... Renunció a su placentera imaginación de tormentos. No podía negarse a entregar a las autoridades al que era “fuera de ley".

—Un cadalso... Una horca. Un final que me agrada. ¡Llevadlo al puesto de guardia y decid que yo, Juan de Tassara, lo entrego! La recompeasa la repartís entre vosotros... cuando cuelgue del cáñamo, recibiréis otro tanto como recompensa que yo doy a quien bien me sirve. ¡Idos ya, piara de esbirros!

CAPITULO VII

Al pie del cadalso

Diego Lucientes debatíase, intentantdo coordinar los pensamientos de su pesadilla. Un diablo saltaba agitando un pequeño frasco del que fluía incesantemente un líquido rojizo y espeso... Una gitana de semblante afilado y ojos verdes de serpiente, murmuraba palabras incomprensibles... Una mano blanca de piel satinada y aroma de flor, apoyábase contra sus labios, presionando, presionando...

Despertóse abriendo y cerrando los ojos en veloces parpadeos.

—Era una pesadilla-murmuró.

Fué examinando cuanto le rodeaba, creyendo que aun dormía. Tardó en darse cuenta de que los cuatro muros eran húmedos paredones de mazmorra, en la que sólo entraba una luz mísera por una enrejada abertura a modo de ventanuco.

Bajo su cuerpo tendido, la paja se amontonaba, y una rata de malignos ojillos y grueso rabo viscoso, mordisqueaba con voraces dentelladas un mendrugo de pan negro, colocado junto a un jarro de agua.

Los dos tobillos de Lucientes estaban aherrojados en cadena que colgaba de la pared. Sentóse el madrileño, y su movimiento produjo en la rata una quietud repentina, de expectante decisión defensiva de su botín.

Examinóse Lucientes el torso completamente desnudo. Causábale a él mismo un efecto extraño ver el ingenioso artefacto creado por el ingeniero Valban, y que parecía dividir su tórax en dos porciones: una de carne y otra de hierro...

Tricornio, casaca, camisa y manoplas habían desaparecido... así como sus armas.

—Veamos, Dieguito.

La ronquera de su voz hizo bufar a la rata, que prefirió alejarse por una rendija arrastrando el pan mordisqueado...

—Veamos, Dieguito —repitióse el madrileño— Indiscutiblemente, esto es una mazmorra y tú estás encadenado. Por lo tanto, como diría mi dómine de Ciencias Filosóficas, estás preso. “Cogito, ergo sum”. Si pienso, existo. Algo es algo. Medita, que pareces estar en vena de sensatez. ¿Por qué estás preso?

Al llevarse la diestra a la nuca, que le dolía agudamente, comprobó que sus dos manos estaban encadenadas, y la de carne arrastró en su movimiento la de hierro.

—¡El techo de la terraza! —exclamó de pronto.

Y recordó punto por punto cuanto antecedió al momento en que su pistola se disparó...

—¿Estaré preso por la muerte de Juan de Tassara? Bien preso estoy... ¡Repámpanos! Cualquiera se ha dado ya cuenta de que soy manco y pelirrojo... Husmeo a cáñamo, Dieguito... Hace frío aquí dentro... o al menos, de pronto, montañas de hielo se han fundido en mi espina dorsal.

—Me gustaría saber por qué estoy aquí. Si ésta es mazmorra perteneciente a Juan de Tassara, o mazmorra de Estado. ¿Qué es eso? ¿Cita y reunión de ratas cebadas?

Pero el ruido procedía de los cerrojos de la puerta. Un haz de luz invadió el húmedo recinto y por los cuatro escalones descendieron varios individuos, uno tras otro.

Tras ellos quedó otro, alzando la antorcha que iluminaba hasta el último rincón la mazmorra. Los visitantes eran tres, y vestían holgados ropajes escarlata, de abundantes pliegues: la toga de jueces.

Uno de ellos, de rostro redondo y mofletes colorados, miró a sus dos colegas.

—Recobró el sentido, señores. Está, en condiciones de ser interrogado y sometido a tormento. ¡Alguacil! El tribunal se reúne en la sala, donde llevaréis al prisionero aquí presente.

Los tres Jueces, precedidos por el portador de la antorcha, subieron los cuatro tramos, y dos robustos individuos maniobraron en las cadenas, hasta que tirando de ellas obligaron a ponerse en pie a Diego Lucientes.

Siempre empujado constantemente por los que sostenían el extremo de sus dos cadenas, atravesó la reja abierta, y se halló en, otro corredor más ventilado, donde la luz entraba a raudales por altas vidrieras.

Al final del corredor una puerta abierta mostraba una sala, donde tras una mesa cubierta de paño negro estaban sentados los tres jueces.

Cerca del estrado sobre el que la mesa se hallaba, un verdugo con la capucha roja abatida en la espalda, inspeccionaba los instrumentos apoyados siniestramente contra un caballete de madera, con ruedas dentadas en sus dos costados.

—¡Traed al prisionero! —ordenó el juez que se sentaba, en el centro. Era el mismo que antes había hablado en la mazmorra.

Los dos alguaciles empujaron rudamente al que custodiaban, y fué el verdugo quien apoyando su diestra en el pecho de Lucientes, le impidió caer.

—Gracias, amigo. Tu mano es firme,

—¡Silencio! —gritó el juez presidente.

Dedicó un saludo a sus dos colegas, y encarándose con Diego Lucientes le asestó un índice reciamente extendido.

—Este tribunal se ha reunido para juzgarte por el delito de piratería. A cuantas preguntas no quieras contestar, el tormento te será aplicado hasta arrancarte la verdad.

—No será preciso. Me arrancaré yo mismo la verdad sin tormento. Negarme a hablar sería verme cabalgando el caballete de madera, donde después de galopar sin moverme acabaría por decir cuanto quisierais... Empezad las preguntas.

—El noble caballero don Juan de Tassara supo apresarte, y cumpliendo con su deber te entregó a la justicia. Durante dos días has permanecido en esta prisión del “Ave María” privado del uso de tu cerebro.

—Me abollaron el casco... aunque no sé cómo pudo suceder.,.

—¡Silencio! Te aconsejo, pirata, respeto al tribunal, o trabarás conocimiento con el potro de tortura.

—Humildísimo y respetuonísimo servidor soy de vuesas mercedes.

—Más te vale así, pirata. Aquí no te toleraremos bravatas ni desplantes. ¿Cuál es tu nombre?

—Diego.

—¿Apellido?

—¿El muy agradable de Lucientes?

—¿Reconoces, pues, ser el pirata Diego Lucientes?

—Reconozco cuanto digáis.

—Contesta sin ambages ni artilugios demoníacos.

—Reconozco ser el pi-r-ata Die-go Lu-cien-tes-silabeó dócilmente el madrileño.

—Confiesa en qué último barco pirata navegaste enarbolando pabellón de rebeldía a toda ley.

—En el velero “Aquilón”.

—¿Capitaneabas dicho velero pirata?

—No. Capitaneaba mi propio bergantín. Hermoso buque.

—¿Cuál fué la última acción en que tu bergantín tomó parte?

—En la isla de La Palma mi bergantín hundió barco pirata vikingo, que se disponía a apoderarse de la isla. De allí procede el surco de mi frente...

—Si pretendes mentir a este tribunal, el verdugo logrará convencerte de que entres en razón. ¡Verdugo!

—Dejad a ese buen señor-dijo Lucientes con precipitación —. Reconozco que mentí. Seguid preguntando, señor juez.

—Debes confesar tus horrendos delitos...

—¿Cuáles?

—Los saqueos, pillajes y matanzas.

—Si lo niego, tendré tormento y después corbata de cáñamo. Prefiero elegir tan sólo la horca.

—¿Reconoces haber saqueado, incendiado y asesinado a mansalva?

—A mansalva. ¿Puedo con la venia del tribunal indagar un extremo que me interesa muy de cerca?

—Tienes derecho a cuanto te sirva de defensa.

—Me conmueve tanta magnanimidad. Dicen malas lenguas que basta con haber navegado bajo pabellón pirata para ser irremisiblemente condenado a muerte por horca... Me resisto a creer tal aserto. Porque hay piratas que...

—¡Basta de impertinencias! La ley es explícita: cualquier sujeto de cualquier nacionalidad que hubiera navegado bajo pabellón pirata sin pedir carta de corsario, será preso y colgado.

—Entonces... ¿por qué se molestan vuesas mercedes en revestir togas tan rutilantes? Puesto que he de ser colgado, considero el interrogatorio una molestia innecesaria para vuesas mercedes.

—Pretenden que eres insolente y te jactas de valentía.

—Era insolente... pero aquel caballete no me anima. Si me jacté de valiente, fué espada en mano. Ahora sinceramente confieso que gustoso quisiera ver a uno de los que me escuchan en mi lugar, y apostaría mi paga del mes que viene contra un maravedí, a que mis temblores serían exactos a los de cualquier otro. No creo que a nadie le guste que le ahorquen.

—Purgas tus delitos, pirata. ¿Cuál fué el motivo de tu osada incursión en Sevilla?

—Incendiar, saquear y matar.

—¿Dónde se ocultan tus piratas?

—Cometí la torpeza de ordenarles que me esperasen en Francia.

—Parece veraz-dijo uno de los jueces que hasta entonces había permanecido en silencio —. Aunque su rostro plasma una carencia total de toda moralidad y de todo impulso noble.

—¿Desean vuesas mercedes dirigir alguna pregunta al prisionero? —inquirió el presidente.

—Considero que gracias al hábil interrogatorio de usía, son superfluas por mi parte las preguntas.

—Corroboro lo dicho por mi colega, señor presidente.

Pusiéronse en pie los tres jueces, quitándose el birrete.

—Considerando y resultando que el procesado ha reconocido sus delitos de piratería, esta sala falla en sentencia inapelable, que el citado pirata sea ejecutado mañana al amanecer, pasando desde este instante a ser permanentemente vigilado por el verdugo ejecutor, que es responsable del convicto y confeso.

Volvieron a sentarse, y el presidente dirigió de nuevo un índice amenazador hacia Diego Lucientes.

—Hemos terminado contigo. Pero queda otro requisito.

—Yo tengo cuello, ahí hay un verdugo, y la soga no es cara. ¿Qué otro requisito puede faltar?

—¡Silencio! En tus criminales correrías obraste en compañía de otro pirata, que hasta ahora ha escapado a la ley: el Pirata Negro. Confiesa dónde se oculta, o el potro te lo hará confesar.

—El Pirata Negro y yo nos separamos hace tiempo. El se fué a la

costa bereber a rescatar cautivos cristianos, y allí sigue. Su último puerto de arribo fué el de Túnez. Allí le encontrarán sus señorías.

—Parece veraz —comentó el juez vocal.

—¡Verdugo! A tu custodia queda el condenado. Esta sala cumplió su cometido.



El verdugo condujo al prisionero a una nueva celda de aspecto menos sórdida que la anterior. Era una habitación cuadrada, de gruesos muros de basta piedra, de la que pendían argollas y cadenas dispuestas a media altura, colgando sobre tres camastros de tablas alineados a lo largo de la pared del fondo.

En el interior de la nueva celda aguardaban dos hombres vestidos con calzas amarillas, jubón encarnado y capucha del mismo color: eran los ayudantes del verdugo.

Apenas éste empujó a Diego Lucientes al interior, los dos ayudantes condujeron al condenado a uno de los camastros, donde le forzaron a sentarse, encadenándole los brazos a la espalda. Quedó el madrileño trabado por las muñecas a una corta cadena que pendía de una de las argollas, y sus tobillos continuaron inmovilizados por los grilletes.

Contempló cómo el verdugo sentábase cerca de la puerta cerrada, tras una mesita encima de la cual, un reloj de arena iba desgranando invisiblemente sus minutos polvorientos. No había luz del día en aquel aposento, iluminado por linternas que despedían rojizos destellos, aumentando el colorido de los ropajes de los tres macabros ejecutores.

Los dos ayudantes sentáronse en un escabel, uno a cada lado de la güerta y a espaldas del verdugo.

—Mirándome con esta indiferencia y en silencio, váis a acabar de quitarme los pocos ánimos que me quedan-murmuró Diego Lucientes —. Al menos, si bien los jueces también eran tres como vosotros, charlaban conmigo y el hablar siempre entretiene.

—Eres libre de hablar cuanto quieras, pirata. No he de ponerte las manos encima hasta que te coloque el nudo corredizo.

—Tu benevolencia me conmueve, amigo verdugo.

—Cesa de llamarme “amigo", pirata.

—Todavía hay clases, ¿no? —sonrió Lucientes—. Tu cargo no es de envidiar, pero no te guardo rencor alguno, amigo verdugo. Te

llamo amigo porque contigo he contado siempre desde que inicié mis andanzas por el Caribe. Sabía que fatalmente un día u otro, así me vería: anclado en una mazmorra y viéndote detrás de un reloj de arena. Pero al menos tu cometido es claro y sin tapujos. Me pasarás el cáñamo por el pescuezo sin remilgos ni parodias de pretendida justicia. No te pediré tu opinión, pero en tu fuero interno has de reconocer, si es que tienes caletre para pensar, que los tres jueces sólo querían que yo dijese lo que ellos querían. Cuando iniciaba yo una charla amistosa y personal, me amenazaban con el suplicio... y así no hay quien pueda defenderse.

—Fueron magnánimos contigo-dijo el verdugo, como si lamentara no haber podido entrar en funciones —. Desde el momento en que reconociste haber navegado bajo pabellón pirata, cuanto pudieras decir sobraba. La ley de todas las naciones está de acuerdo en este punto: todo pirata apresado será con la mayor urgencia ahorcado.

—¿Este reloj mide la urgencia que yo no siento?

—Cuando la ampolla superior quede vacía-dijo el verdugo, señalando el compartimiento superior del reloj de arena —, entonces serás conducido en carreta a la Plaza de la Cebada, donde ya está esperando el cadalso en el que serás ahorcado.

—Nombre simbólico. Cebada para los borricos de cuatro patas, y en ella ahorcan a los borricos de dos patas.

Examinó Lucientes el reloj, cuyo cristal inferior contenía las tres cuartas partes de arenal..

—Comprendo que me encadenéis los brazos. Sabia medida para impedir que yo me pase el resto de la vida, dándole vueltas al aparato medidor dé las horas que me queden. Tú que tienes más prácticas en estas lides, ya que a mí es la primera vez que me ahorcan, ¿cuánto tiempo calculas que tardará en vaciarse la ampolleta?

—Serás conducido al patíbulo a media tarde.

—Si yo, en vez de ser reo fuese verdugo, ahorcaría a mis clientes aquí mismo. Hablo por hablar, porque así tiemblo menos y el miedo no me hace tanta compañía.

—Las ejecuciones de piratas deben ser públicas, así como las de bandidos de camino y aventureros de toda laya.

—No me refiero a que si fuese verdugo quisiera privar al pueblo

del grato espectáculo de ver patalear a un ahorcado, sino a la hora, y al lugar. Morir siempre es abandonar la vida. Pero en Sevilla y a media tarde duele más el irse a región desconocida...

Temblaron los anchos hombros del madrileño...

—Sevilla a media tarde y en primavera... Cuando la misma tierra huele a mujer bonita y las flores destilan su aroma por doquier. La resolana impregna el ambiente en anhelo de disfrutar cuanto de bonito existe... No me gusta eso de ser ahorcado a media tarde, al aire libre, y en Sevilla. Pero, en fin, aquí no mando yo.

Oye, amigo verdugo: lo que no comprendo es por qué los jueces no hicieron la menor alusión a mi brazo postizo, y no te ordenaron quitármelo.

—Tu media coraza y tu brazo falso son artes de magia. Deben ser expuestos al pasmo del pueblo... Después, cuando ceses de respirar, yo quemaré ese artilugio infernal en el mismo cadalso.

El pelirrojo maniobró sentado hasta lograr tenderse boca abajo sobre el duro camastro. Apoyó, la barbilla en el cabezal, y cerró los ojos...

Desfilaron por su mente imágenes femeninas: las mujeres que él había amado y que ahora le parecían tan lejanas como si nunca hubieran existido.

Cuantas veces en su mente se dibujó la silueta de una niña de corta edad, de ojos azules, cabellos rubio-rojizos y ancha boca, Diego Lucientes sacudió la cabeza con rabiosa desesperación.

Poco a poco le consoló el pensar en su hija, pensar también en la amorosa solicitud de su esposa: la comprensiva y dulce palmeña, que sería para Gabrielle Lucientes de Civry una madre amante...

Y este pensamiento fué el que dibujó en sus labios una sonrisa de ánimo, cuando sintió los manejos los dos ayudantes que quitándole la cadena que le amarraba a la argolla de la pared, le obligaron a ponerse en pie.

—¿Va a empezar ya la ceremonia?

Los dos ayudantes le cogieron cada uno por un hombro, mientras el verdugo abría la puerta.

Los grilletes habían sido cambiados de cadena y la que ahora reunía ambos anillos alrededor de los tobillos del condenado a muerte era más larga, permitiéndole andar, si bien con dificultad, menos trabajosamente.

En el patio central "de la cárcel, una carreta aguardaba, y entre sus palos delanteros dos mulos agitaban la cabeza cansinamente.

Una sección compuesta por treinta soldados, dos sargentos y un oficial, encuadraba el vehículo al que Lucientes fué llevado por el verdugo y sus dos ayudantes; éstos retiraron la tabla por la que acababan de ascender, colocándola en la carreta.

Encadenados los brazos a su espalda, desnudo el torso, Diego Lucientes apoyó la cintura contra el respaldo del asiento. Los dos ayudantes pusiéronse a sus costados sosteniéndolo por el hombro y aferrándose con la otra mano a las lanzaderas laterales del carromato, que se puso en movimiento pesadamente rodando sobre el empedrado hacia la puerta de rejas que acababa de abrirse.

Salió la fúnebre comitiva... El verdugo y los ayudantes ocultaban ahora el rostro bajo las rojas capuchas.

Alzó Lucientes la frente contemplando el intenso azul del cielo que se coloreaba de tonalidades rosáceas en el horizonte de pardas cumbres, anunciando que el sol se disponía a terminar su diario fulgir.

La carreta, dejando atrás la explanada de la cárcel, penetró por una alameda flanqueada de vegetación... El aire era perfumado, mientras un campanario repicó sonora y gravemente siete campanadas...

CAPITULO VIII

La misteriosa enmascarada

En la popular plaza de la Cebada, amplio cuadrilátero al cual convergían seis calles, congregábase una hirviente multitud, ávida de presenciar la ejecución del pirata que no sólo había osado desafiar a la autoridad internándose lejos de la costa, sino que además había retado públicamente al "terror de Sevilla", don Juan de Tassara.

Los comentarios intercambiábanse entre las apretadas filas, a duras penas contenidas por el cordón de soldados de infantería, alrededor del entarimado donde se alzaba el cadalso.

—...y cubría sus cabellos rojos con peluca.

—Así como su antebrazo manco con otro de hierro.

—¿Y cómo no se le veía tal disimulo?

—Porque usaba manoplas largas de terciopelo azul.

—¿Cómo entonces adivinaron quién era si usaba peluca y no se veía que era manco?

—¡Jozú, compare! ¡Pregnta vuesamercé más que un dómine! Fué den Juan de Tassara quien lo apresó, porque se "jolía" quién era el quídam que tenía el valor de rondar la reja prohibida.

—¡¡Ahí viene!!

El clamor ahogó los comentarios, y por la calle de los Trinitarios avanzó la comitiva entrando en la plaza.

La llegada de la carreta fué acogida con silencio, hasta que de nuevo llovieron los pareceres de los espectadores.

—¡Guapo mozo y joven! —suspiró una matrona.

—¡Lástima de cáñamo!, ¿verdad, maestra?...

Un heraldo avanzó y cesaron los tambores en su monótono redoblar.

—“Por contumaz en el ejercicio de la piratería-leyó con voz estentórea el heraldo-y por rebelde a la ley, se condena al pirata notorio Diego Lucientes a la pena de horca, descuartizamiento y exposición de sus restos en las encrucijadas, para que tal castigo sirva de escarmiento.”

Diego Lucientes sonrió tristemente, con amarga conformidad. Prefirió mirar a lo alto mientras uno de los ayudantes comprobaba si funcionaba la palanca que hacía descender la plataforma.

El verdugo empujó al condenado hasta que los pies de éste reposaron encima de la trampa que al ceder, debía dejarle colgado en el vacío.

Redoblaron de nuevo los tambores, y el heraldo, arrollando el pergamino que acababa de leer, lanzó con voz estentórea al terminar el redoble:

—La ley, en su infinita justicia, concede al condenado autorización para hablar, si ha de manifestar su público arrepentimiento.

Hizose un profundo silencio, y Diego Lucientes contempló detenidamente, en ojeada circular, la multitud que se apiñaba en la, plazuela.

—¡Amables ciudadanos de la florida Sevilla! —gritó, procurando reafirmar su voz ... En trances semejantes, creo que el que se considera perdido y sin remedio suele estilar desplantes. Bien quisiera hacer lo mismo, pero este nudo corredizo que me roza la sesera me da lo que nunca tuve: sensatez. Ahora que ya es tarde, comprendo que es cierto lo que de niño me ensenaron: la vida tranquila y hogareña es la única que concede la felicidad. Si de algo ha de servir el verme patalear, sacad una moraleja doble: a la fuerza ahorcan, y tonto aquel que pudiendo vivir pacíficamente elige vida airada...

Formóse cierto revuelo... y una rosa roja lanzada desde un balcón, fué a caer a los pies de Diego Lucentes.

—¡Abrevia, verdugo! —gritó el madrileño...

No quería que su último pensamiento plasmara en su mente la divina imagen de Encarnación Castro...

El verdugo asió el lazo, colocándolo alrededor del cuello del que iba a ser ajusticiado...

Súbitamente, el revuelo aumentó en proporciones

ensordecedoras. Gritos de la plebe que pareciéronle a Lucientes manifestación de enardecimiento ante su suspensión en el vacío, arreciaron chillonamente...

Sonaron varios disparos, mezclados con estrepitoso rumor de cascos galopando. Oyéronse entrechocar los aceros..., pero los ojos de Diego Lucientes estaban cerrados...

El ayudante, a cuyo cargo estaba el maniobrar la palanca que abría el vacío bajo los pies del condenado, había apoyado en ella todo su peso...

Torció Lucientes la cabeza al sentir la mordedura del cáñamo bajo su mentón rasurado...

El último pensamiento que alentó en su mente, fué la enternecedora sonrisa de una niña de ojos azules y maliciosos, y de rubio cabello rojizo...

Después..., negras sombras le aprisionaron, y sintióse zarandeado por agitados sobresaltos, que tan pronto le elevaban como le hundían aún más en zonas de penumbra. Miríadas de puntos luminosos bailotearon bajo sus párpados prietamente cerrados. Un infinito reposo le invadió, y de su mente desapareció toda noción.

Notó un intenso calor que recorría su garganta... Esta fué la primera sensación física y perceptible que le sumió en verdadera consternación.

Como si provinieran de muy lejos, oyó relinchos de caballos y crujir de cueros. Pugnando por pensar, mordióse los labios y sintió claramente la presión de sus dientes...

Un cielo negro tachonado de estrellas formaba un dosel incomprensible, allá a lo lejos, cuando abrió los ojos.

Encima de su rostro vió un semblante satánico, de cejas arqueadas y bigotes de afiladas guías, que le miraba como un gato que se refocila viendo a un indefenso ratón.

—¡Híncame el pincho, Satán! —gritó Lucientes angustiado.

El sonido de su propia voz le asustó, y como si realmente sintiera el aguijón de una horquilla sentóse...

Creyó que era una serpiente el flácido cáñamo que colgaba de su cuello.

—¡Pesadilla del Averno! —murmuró—. ¡Acaban de ahorcarme!

Fué concentrando sus pupilas en cuanto le rodeaba. El dosel era

el cielo nocturno; el rostro que se le antojó diabólico era humano…

Hallábase sentado en un prado, cercano a un camino polvoriento que destacaba por su blancura en la penumbra de la arboleda circundante.

Medio centenar de jinetes, manteniendo por las bridas sus caballos, formaban un grupo compacto entre la arboleda.

—¡Repámpanos¡ —murmuró Lucientes, palpando la hierba—. Yo no sueño… Esto es hierba…

—Y refrán hay que dice que “mala hierba nunca muere”.

La frase que sonó a sus oídos musicalmente, aunque era pronunciada por una voz aguardentosa, vigorizó instantáneamente el espíritu de Diego Lucientes.

—Estás vivo de casualidad, pirata —habló en español, pero con acento extranjero—. A no ser por mis disparos que cortaron el cáñamo, estarías entrando y saliendo en las calderas de “monsieur le diable”… Perdiste el sentido, y fué de lamentar, pirata. De lo contrario habrías visto cuán magnífica fué la labor de mis soldados… Entretuvieron con sus aceros a los infantes españoles, mientras yo a caballo saltaba al cadalso. Ahora estás ya lejos del trono que te edificaron los jueces españoles.

Diego Lucientes trató de incorporarse, pero sus tobillos seguían en grillete y sus brazos continuaban atados con cuerdas a sus espaldas. El relente de la noche estremeció su torso desnudo.

—Debo darte las gracias, desconocido. Seas quién seas y lo hicieras por lo que fuese, me evitaste el que me partieran la nuez…

Agitó el cuello, con mueca dolorida, y el cáñamo bailoteó sobre su pecho.



¡Abrevia, verdugo!—gritó el madrileño.

El misterioso salvador quitóse el chambergo con ademán burlonanente respetuoso.

—Me llamo Truant Lambert, parisino, maestro de armas en reposo, espada a sueldo cuando viajo. No me conoces ni te salvé por impulso personal. Vine a España al frente de cincuenta aventureros, de los que me quedan cuarenta y uno. Los mando porque sé hacerme obedecer, y supe comprender que guerreando perdía yo el tiempo. Se me da una higa del archiduque o del Anjou, cuya querella es la que me tiene en España desde hace ocho años, yendo de norte a sur. Pones cara de pasmo, pirata.

—¿No la pondrías tú, Truant Lambert, si creyéndote en el infierno, te despertaras sentado en un prado y oyendo historia como la tuya? Dices que no me salvaste por iniciativa tuya. ¿Quién te pagó a ti y tus hombres?

—Pronto lo sabrás...

Una repentina sospecha invadió el espíritu dé Diego Lucientes. Y la sospecha se le afianzó al ver que su “salvador” no demostraba la menor intención de liberarle de grilletes y cuerda.

—Por tu modo de hablar, Truant Lambert, pareces amante de la veracidad.

—Lo soy. Algunos me llaman cínico, pero no soy más que un

hombre que sólo estima cuatro cosas: las mujeres primero y, ante todo, después, el mosto; en tercer lugar, el naipe, y en cuarto y último, el dinero y la pelea. Y como sé que mentir en balde es de imbéciles y me creo listo, por eso prefiero hablar verdad, cuando a nada me compromete.

Diego Lucientes casi miró con simpatía al que le observaba, cruzados los brazos sobre el chillón atuendo.

El cinto del parisino era un arsenal: tizona, de largura tal, que aun Riendo su dueño alto y flaco, le arrastraba tras él. Puñal, cuya hoja era la mitad de una espada normal. Daga de ancha vaina. Tres pistolas y un bolsón de cargas y pólvora.

—¡Tú has sido pagado por Juan de Tassara! —exclamó Lucientes.

Truant Lambert al contestar no lo hizo en réplica a la exclamación.

—Estamos aquí porque es sitio que nos protege de la persecución que se desencadenó cuando, atravesado en mi silla, te arrebaté del cadalso y a todo galope tomé la ruta de Cádiz. Dimos viraje en este sendero, y dentro de unos instantes emprenderemos el camino hacia el lugar donde espera quien me pagó la labor de quitarle el cáñamo al cuello de un pirata.

—¿Por qué no me quitas las amarras?

—No fío de piratas. Tengo que cumplir con lo que se me encargó. Llevarte vivo a una cabaña de aquel monte.

—Es lo que me suponía —murmuró Lucientes sarcásticamente —. Me evitaste la horca para llevarme a poder de Juan de Tassara. Pudiste fallar tus disparos, Truant Lambert. Ya me había hecho a la idea de ser un vulgar ahorcado... —¿Por qué crees que llenó mi bolsa Juan de Tassara?

En breves palabras narró Lucientes sus dos entrevistas con el aristócrata sevillano, y la tercera y última, dé la que despertó en una mazmorra: —...y ahora, ese mequetrefe, arrepentido de que el cadalso terminase conmigo, prefiere saciar particularmente su odio personal ejercitando en mi ajetreado cuerpo su vengativo espíritu.

La pregunta del parisino asombró a Lucientes:

—¿La hermosísima Encarnación, a la que no he tenido el placer de ver, es amante de las flores.?

—Sí..., como toda sevillana, pero...

—Quizás no te diste cuenta, pero una rosa roja cayó a tus pies en el cadalso, segundos antes de que mis hombres desembocaran en la plaza a mi señal.

—¡Vi la rosa! La arrojaron desde un balcón y me pareció caída del cielo entonces...

Y en un alarde de agilidad, impulsado por una vehemente esperanza, púsose en pie Diego Lucientes.

—¡Por favor, Truant Lambert! ¡Dime! ¿Es Encarnación quien te pagó y buscó el servicio de tu espada para darme libertad?

El parisino retorcióse de nuevo la guía de su bigote, y su contenida sonrisa cínica dió el peculiar matiz me flstofélico a su rostro enjuto.

—La furia española... —dijo mordaz.— Aquiétate, pirata. Aun es pronto para que vayamos a la cabaña. Sé que es una mujer la que me pagó. Fué algo asombroso, casi increíble. Vagaba yo con mis hombres por el sendero que conduce a aquel monte, cuando desde una cabaña que parece choza de pastores salió una figura que se me antojó espectral. Era un ser humano, pero vestía amplios ropajes negros, guantes del mismo color y sus cabellos estaban recogidos en pañuelo rojo. No sé de qué color son sus cabellos...

—Pero, ¡el rostro!...

—El rostro lo llevaba cubierto con un largo mascarón. Un antifaz como nunca vi. Todo compuesto de flores. Había rosas, jazmines, claveles, violetas... entremezcladas en tupido bordado. Los colores de los pétalos impedían adivinar el color de sus pupilas... Supe que era mujer, porque su voz, aunque velada por las flores, tenía timbres suaves y cadencias de Eva. Apareció como te digo, atravesándose en medio del senderó. Ordené a mis hombres que hicieran alto, y la misteriosa enmascarada me pregunté si yo era un aventurero. Repliqué sin ambages, pese a lo extraño de su aspecto y de su pregunta, que tal era yo: un aventurero, que prestaba su espada al mejor postor Ella, con voz agitada, me habló de un pirata que iban a ahorcar en la plaza de la Cebada. Hurgó bajo sus ropajes y extrajo un collar de perlas y un brazalete de oro y esmeraldas. Me los dió... Eso me hizo sospechar que era una mujer ingenua, y por eso tanto más me propuse obedecerla. ¡Es tan rara la virtud de la ingenuidad! Me dijo que volase con mis hombres y te trajera vivo a aquella cabaña... Si tardé y llegué casi cuando tenías

ya un pie en el otro mundo, fué porque no fiando de acciones ingenuas, vendí el collar y el brazalete a un judío amigo mío. Eran buenos y no falsos como temí... Esa es la historia del por qué yo, un desconocido, te he salvado a ti, otro desconocido, ateniéndome al buen pago de una desconocida.

Alejóse Truan Lambert, y oyó Lucientes cómo en francés iba dando órdenes a los jinetes, que fueron abriéndose en distintas direcciones, formando por entre la arboleda una guardia vigilante, cuyo centro a proteger era la cabaña de la cercana colina...

Regresó Truant Lambert, que demostró que, si bien flaco, era extremadamente fuerte cuándo, sin aparente esfuerzo, colocó a Diego Lucientes atravesado ante la silla de su caballo, que montó a continuación.

—Postura poco airosa-rió Lucientes complacido —. Pero me place. No debo ser exigente, ya que soy un resucitado. ¿Quién será ella?

—Cuando mis hombres hayan acordonado la cabaña y estemos a salvo de posibles sorpresas de ataque, iremos a ella. Tú mismo averiguarás quién es ella, aunque no tienes cara de imbécil, pirata. Vete pensando en quiénes son las mujeres sevillanas a las que has hecho favor, o a quiénes has incendiado el corazón.

—Rocío Mairena..., una-contó Lucientes —. Pero no la creo posible. Una gitana que se ahorró un vapuleo..., dos. Pero tampoco. ¡Carmen Robles!... Pero no..., estaba furiosa conmigo... ¡Encarnación!: ¡EIla, ella será!

—¡“Tonerre"! —exclamó el parisino con su voz ronca—. ¿Qué tiempo llevabas en Sevilla, pirata?

—Unos siete días, incluidos los de mazmorra.

—¡“Saperlipopette”! Si eres tan buena espada como buen galán, casi, casi me alegra haber sido pagado para privar de un nuevo súbdito a “monsieur le diable”...

—¿Rosas? —murmuró de pronto Lucientes, cabeza abajo y formando un arco encima del lomo del caballo. ¿Y si fuera Rosa? Mi dulce Rosa...

—¡Acaba ya, fanfarrón! —rió el parisino—. ¿Cinco mujeres enamoradas de tu rojo penacho? ¿Una por día?... Por guapo y atractivo me tengo yo, y nunca en cinco días conquisté a cinco mujeres...

—Si cultivas mi amistad te daré lecciones...

Rió el francés, golpeando rudamente el hombro derecho de Lucientes.

—¡"Bougre plein de toupet"![1]. Tienes buen humor, pirata español. Bien, ¿oyes la lechuza? Es la señal convenida con mis hombres. Ya están dispuestos a no dejar pasar nadie por cuantos puntos cardinales conduzcan a la cabaña..., donde te espera una de tus bellas... Porque las cinco serán bellísimas, ¿no?

Puso el francés al paso su caballo. Diego Lucientes ladeó la cabeza:

—Rosa es afectuosa, sedante, comprensiva... La esposa perfecta. Rocío es otoñal, buena y maternal. La gitana es liana nerviosa, adolescente, que trenza arabescos interrogantes coa sus brazos morenos... Carmen es vehemente, apasionada, audaz... Encarnación es indescriptible. Ni los escultores griegos, ni los pintores sevillanos pueden reproducir la pagana y a la vez divina belleza de Encarnación, cuyo nombre en sí es el poema que la simboliza, porque es encarnación del sueño más loco del más loco de los poetas de buen gusto en sus desvarios...

—¿Poeta también?... Me vas resultando simpático, pirata.

Antes de acabar su frase, Truant Lambert desmontó, y cargando sobre su hombro al encadenado, entró en la cabaña circundada por espesos robles.

Reinaba la obscuridad en el interior de la mísera choza. Truant Lambert, empujando con el hombro su carga humana, adosó a Lucientes contra la pared obscura, manteniéndole en pie.

De pronto un pedernal chasqueó y la chispa prendió en un candelabro tosco que sostenía cinco velas. Una tras otra las velas fueron encendiéndose...

Sentado tras la mesa rústica que ocupaba el centro de la habitación, un ente extraño quedó iluminado, así como los dos hombres que permanecían en pie contra la pared del fondo.

Sólo veíase un busto recubierto por ancha tela negra reluciente. Largos guantes de piel ocultaban brazos y manos. En vez de rostro, la extraña visión tenía un denso antifaz de flores. Un rojo pañuelo enmarcaba las flores y pendía a las espaldas...

La voz que habló no tenía matices ni tonalidad, pareciendo proceder de muy lejos...

Insensiblemente, Diego Lucientes se acercó a la mesa, y Truant Lambert le imitó.

—Has sido salvado porque eres un aventurero.

La frase de la enmascarada sumió aún en mayor estupor al madrileño, que quedóse sin habla ante la incongruencia inexplicable de aquella declaración.

Truant Lambert quitóse el chambergo en amplio saludo.

—Cumplí vuestra orden, enmascarada. Considerando que mi presencia os es quizás indiscreta, pido vuestra venia para retirarme,

—Quédate también, aventurero —habló la voz que brotaba amortiguada por entre las tupidas flores—. Desata al que es de tu clase.

Diego Lucientes miró de pronto encima de la mesa: tres objetos tan incongruentes como el modo de hablar de la misteriosa enmascarada. Un tintero, un papel y una pluma de ave...

—Procura recordar que Truant Lambert no tolera violencias contra mujer-bisbiseó el parisino al oído de Lucientes, mientras con su puñal le cortaba las ligaduras que sujetaban sus brazos —.

Diego Lucientes, en el colmo de la perplejidad, quitóse los grilletes, y su media coraza crujió en las ingeniosas articulaciones cuando fué estirando sus músculos entumecidos, y frotándose las piernas en que sentía agujetas...

—Respeto vuestro antifaz, señora... —musitó Lucientes—. Siempre amé el misterio, y aguardaré a que vos tengáis la voluntad de desenmascarar el rostro que adivino hermoso, porque hermosa fué vuestra acción al salvarme. ¿Intento adivinar quién sois?

Una risita infantil sonó a través del antifaz.

—Inténtalo, aventurero... Pero no acertarás.

—Descubrid una de vuestras manos...

Ella quedóse con los brazos apoyados en la mesa, sin moverlos.

—Rosa no sois..., porque ella no jugaría con mi impaciencia. Si es cariñosa venganza, no la prolongues, Rosa Hoyos.

El antifaz de flores movióse a diestro y siniestro en negativa.

—Entonces...¿acaso la buena Rocío...?

De nuevo repitió la negativa la máscara. Quitóse lentamente uno de los largos guantes, apoyando una pálida mano encima de la pluma que atravesaba el papel.

—Tampoco vuestra mano es morena. No sois, pues, la gitana de

ojos de sierpe... Tampoco Carmen posee esta nacarada blancura... ¡Encarnación!

Brotó de nuevo la risita absurdamente infantil, extraña..., impresionante en el silencio de la choza...

La misteriosa enmascarada escribió con afiligranados caracteres encima del pergamino...

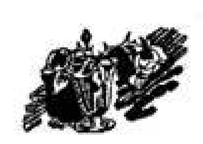
Diego Lucientes y Truant Lambert, también acuciado por la curiosidad, inclinaron los bustos para leer lo que ella iba escribiendo. El parisino encogióse de hombros, empezando a cansarse de aquello que se le antojaba un juego de adivinanzas ya excesivo, de una caprichosa dama sevillana...

Diego Lucientes arrugó de pronto la frente en esfuerzo recordatorio. ¿Dónde había leído ya lo que estaba escribiendo la desconocida?

“Querret-el-Ain... Querret-el-Ain...”

Súbitamente, con grito que alarmó al parisino, Diego Lucientes, pálido el rostro, desorbitados los ojos y seca la garganta, exclamó:

—¡¡Ángeles de Amor!!



¡Tres joyas de la moderna literatura de aventuras!



TITULOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.
31 — El caballero errante.



El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

El descendiente de **EL PIRATA NEGRO,** cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!

TITULOS PUBLICADOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.



Con sus superhumanas proezas, será muy pronto el héroe de todos preferido

TITULOS EN PUBLICACION:

1 — La muerte llama a la muerte.
2 — La mano del cadáver.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... ***son las características de estas tres obras excepcionales en su género,*** que presenta

EDITORIAL BRUGUERA

Un volumen quincenal, sólo cuesta **TRES** PESETAS

Notas

[1] Bribonazo rebosante de caradura. < <